

Tango

BAILE Y PASIÓN



Una historia de
BORIS COBIÁN

UNPUBLISHED LIMERENCE

TANGO
Baile y pasión

BORIS COBIÁN

Unpublished Limerence

Foto de portada. Sarah Diniz

1

A veces las casualidades son las que hacen girar al mundo. Lo sé porque me ha sucedido. No es que antes de eso mi mundo no se moviera y mi vida fuera aburrida y monótona. Pfff. Sí: mi vida era aburrida y monótona. Era lo que se “supone” debería de ser y aun así no era suficiente. O, mejor dicho, vivía dentro de una burbuja y en ella mi vida era suficiente porque eso me hacía creer yo misma, aunque no me culpo, ¿se puede culpar a alguien de no saber si le gusta el caviar sin antes probarlo? No, no sería justo.

Bien, antes de hablar sobre mi “casualidad” debo presentarme. Es necesario hacerlo. Sí, sé que es difícil poder describirse a sí misma. De hecho, antes lo consideraba de mal gusto y quizás hasta de mal augurio, pues pensaba que al hacer una descripción de una misma se llegaba a exagerar. Ahora ya no creo eso, pienso en la exageración como parte de la vida y sé, de antemano, que muchas de las cosas que contaré estarán exageradas para algunos, sin embargo, no están exageradas para mí que fui quien las vivió y, sobre todo, quien las sintió. Los recuerdos aún me hacen sentir. Es la verdad. Recordar es volver a vivir y vivo a través de esta historia. Y bien, aquí vamos: mi nombre es Helena, sí, como la de Troya, de hecho, no está de más decir que mis padres me bautizaron con ese nombre por ella así que no, el llamarme así no es ninguna casualidad. Si acaso tuve suerte que mis padres conocieran algo de mitología griega. Y digo suerte porque me agrada mi nombre. Digo, es un nombre común pero si se piensa bien no le va a cualquiera. A mí, por fortuna me sienta de maravilla. En fin, decía que me llamo Helena, y me apellido Hari: Helena Hari. Quizá el apellido no sea muy conocido o rimbombante, sin embargo, tiene sus abemoles en la historia: soy pariente de Mata Hari, la espía francesa de finales del siglo XIX y principios del XX. Vaya, mi nombre está ligado a mujeres que despiertan pasiones y traen desgracia. En mi caso no era lo primero; sí lo segundo. Vaya. Parece esto un confesionario. Ya que estamos en eso, debo decir que tengo 46 años, no son muchos, ciertamente, pero sí los suficientes como para ser una mujer madura. Aunque cuando el instinto se cuele por la puerta el raciocinio sale por la

ventana. Eso lo sé de primera mano. Bueno, me casé a los 19, con Luis, un hombre maravilloso en todos los sentidos, un gran padre, un excelente amigo y compañero de vida. Momento, si debo contarle todo significa que no debo mentir, no más de lo necesario. Luis era un hombre maravilloso en, corrijo, casi todos los sentidos. Hemos adivinado: jamás me hizo sentir mujer. El pobre se corría a los cinco minutos de haber entrado. Ese en realidad no era el problema, el problema era que, al parecer no conocía el clítoris. Cuando me hacía sexo oral su lengua jugueteaba por todo el contorno de mi vulva menos por el clítoris. ¿acaso nunca lo vio? No sabría decirlo. En todo caso jamás me quejé. Ahora que lo pienso en todo ese tiempo jamás supe lo que era tener un orgasmo. Pensaba que las pequeñas contracciones eran eso que todas llamaban orgasmo. Vaya error. Pero no soy nadie para juzgar. Siendo sincera yo tampoco conocía mi cuerpo. Sí, en algunas ocasiones me había masajado la vulva, pero al encontrarme con la chinchilla, así le digo a veces, me había dado miedo seguir masajéandola. Quizás su nula experiencia, la suya y la mía, no fue un buen aliciente en ese rubro. En fin, Luis era contador en una oficina, su trabajo era de 8 a 5, por lo que nuestro matrimonio era simple y rutinario. A los dos años de casados tuvimos nuestro primer hijo: Esteban. Luego dos años después nació Diana. Hace diez años quedé viuda, Esteban estaba a punto de entrar a la pubertad y juro que no sé cómo no me volví loca de atar. Ni hablar de lo que pasó con Diana, cayó en una crisis a su corta edad. No es para menos. Era la más apegada a Luis. En cuanto a mí, debo confesar que no fue fácil. Además de estar cuidando de Esteban, creo que mi vida se derrumbó a mis 36 años. No sufrimos de cuestiones económicas pues, aparte del seguro de vida que nos dejó Luis, mi familia me amparó con unas acciones que me dejaron como herencia. Mi caída fue otra, por dentro me sentía seca, tan seca como el tronco de un árbol a punto de derrumbarse. Fueron épocas difíciles emocionalmente, pero salimos adelante. Ahora Esteban es un hombre de bien, tiene su propio departamento y es emprendedor además de aventurero, cada cierto tiempo se va de viaje y dura meses fuera; Diana se dedica a organizar eventos y estudia algo como diseño de interiores. Y yo, pues yo vivo una vida tranquila. Por las mañanas me levanto temprano y reviso mi email para ver cómo van las acciones. Jamás han caído y aunque lo hicieran el golpe no me afectaría, pues parte de mi capital está amparado. Después de eso, bebo café, desayuno y a veces salgo a hacer algunas compras o a caminar por algún parque cercano. Mis hijos me visitan de vez en cuando y a veces, también salgo a beber un café con una amiga: Lily. A decir verdad mi única amiga que

ni siquiera sé si me ve como su amiga o como su paño de lágrimas. Mis amistades se resumían a las amistades de Luis y cuando murió esas amistades se fueron retirando a lo largo de los años. Después, como dije, yo me dediqué a criar a mis hijos y me olvidé de mí por un tiempo, casi diez años para ser exactos; diez años en los que, aunque sentía que algo me faltaba, no sabía qué, era como si nada importara. Me lo han dicho: debo poner un negocio para que tenga algo que hacer a diario, debo buscar a alguien para que sea mi compañero de vida, aún soy joven y puedo rehacer mi vida. Lo he pensado, sí, pero me da temor iniciar una relación, ha pasado tanto tiempo que creo que estoy obsoleta en eso de las citas y más aún en lo referente a las relaciones, formales o informales. No sabría cómo actuar frente a un hombre. En estos diez años he salido con un par de chicos. Uno, Raúl, el otro fue tan insignificante que ni recuerdo su nombre, de hecho, sólo hicimos el amor cinco o seis veces y con el tiempo que duro cada una de ellas en realidad ni siquiera podría contar como una relación completa. Con Raúl salí casi tres meses, terminamos porque tenía gustos raros, sólo podíamos vernos los martes y jueves y apenas terminábamos de estar en la cama corría a bañarse. Supongo que era casado. En fin. No es algo que me quite el sueño: si era casado o no fue algo que nunca me preocupó.

—Raúl Romero —dijo, cuando lo conocí.

Raúl Romero acepté que se llamaba.

—Soy viudo, sin hijos —agregó.

Viudo y sin hijos fue lo que acepté. Ya que es momento de confesiones debo decir que inicié una relación con él sólo para que los que en ese entonces eran allegados a mi persona cerraran el pico y no por convicción, de haber sido esto último lo hubiera bombardeado con preguntas.

No soy mal partido, lo sé. Como dije soy solvente económicamente y a pesar de tener 46 no estoy de mal ver, mi busto es copa B, mi cintura apenas muestra un par de rollitos y estrías, lo normal en una mujer que ha tenido un par de hijos y mi cara no muestra arrugas sino madurez. Aunque debo decirlo, antes de “mi casualidad” jamás me hubiera visto como una mujer que puede levantar algún tipo de interés. Y menos en un hombre joven como.

Lo conocí por casualidad. Había quedado de verme con una de mis amigas en un café. Tenía cosas que contarme, me dijo por teléfono y a pesar de que no tenía ganas de escuchar quejas sobre lo infiel que era su esposo, accedí. Su esposo Gabriel, es un mujeriego incorregible. Lily se ha enterado de unas veinte infidelidades, por lo menos. Y no fueron después de haberse casado. No. todo empezó cuando eran novios. El tipo se revolcó con una de sus amigas, Clara según recuerdo. Incluso en la misma boda hubo tres interrupciones de mujeres que juraban les había prometido amor eterno. Lily lo perdonó, dijo que le tenían envidia; que sabía que su esposo no era un santo pero que nadie en esta vida lo era. Ahora que lo pienso, Lily debe tener una necesidad de cariño que es capaz de soportarlo todo. Y cuando digo todo es todo. Según me ha contado Gabriel ha utilizado todo tipo de cosas cuando tienen sexo, aunque ella las aborrezca. En fin, por un instante me dieron ganas de decirle que en una reunión en su casa mientras yo había ido por el ponche él se me acercó me tomó de la cintura y por poco parte mis nalgas en dos de tan duro que traía su miembro. En ese instante no supe cómo reaccionar, si soy justa debo decir que Gabriel es varonil y por la fuerza que tuvo al apretarme junto a él, supongo que está muy bien dotado. Me aparté, lo vi a los ojos. Supuse que esperaba una respuesta. No la hubo, tampoco hubo una disculpa de su parte. Simplemente ambos tomamos el acto como una equivocación. Se retiró y yo llevé el ponche. Sería cuestión de aderezar el incidente para que mi amiga lo botara. No es mi intención. No sé sus problemas realmente, ella dice que él le es infiel porque de pequeño lo golpeaban sus padres, sin embargo, sé que ella ha tenido un par de aventuras. De eso no habla. Tampoco me importan del todo. Yo sólo escucho y asiento. No puedo hacer nada más. El caso es que había quedado con ella de ir a un café. Me vestí sin ánimos de hacerlo: unos jeans pegados que tengo desde que iba al colegio, hace casi 30 años, y una blusa azul. Esperé dos horas en el café. Dos malditas horas viendo entrar y salir parejas y uno que otro empleado de oficina. Luego recibí una llamada.

—Darling.

—¿Lily? Llevo dos...

—Espera, antes de que me digas cualquier cosa.

—Dos horas.

—Amiga, nos reconciamos. Estoy feliz, sé que entenderás porque mi felicidad es tu felicidad.

—¿Y mi tiempo?

—Tenemos que vernos.

—Se supone que hoy lo haríamos.

—Ay, amiga, te voy a quedar mal.

—¿Qué?

—Sí, sabes, fue lindo, llegó, hablamos, tú sabes, hicimos el amor...

Colgué. No sé si sentí coraje o alegría. Por una parte, me daba coraje que me hubiera plantado. Por otra parte, me sentía alegre al pensar que había regresado con un hombre que a la menor provocación se enredaría con cualquiera que tuviera bonitas piernas, culo o tetas o sin ellas. Pagué la cuenta, tres americanos y un pastelillo de avena, mi favorito. La cajera era una mujer joven, con cara de hastío.

—Y... —dije—, agregué un pastelillo más.

—¿Avena o avena?

—Avena.

La chica cogió unas pinzas. Tomó el pastelillo y lo puso en un envoltorio con el hastío que tiene quien va a misa los domingos.

—¿Aún tiene pastelillos? —escuché.

La voz golpeó de seco en mi nuca. Un cosquilleo bajó por mi espalda, el aliento era tibio como si una lengua de vapor me lamiera. Pensé en voltear, no lo hice. Sentí pena. ¿quién me hablaba a la espalda?

—Disculpe, ¿aún tiene pastelillos?

—Era el último —contestó la chica, esta vez esbozó una sonrisa, por lo que supe que la pregunta no era para mí.

Voltee. Quien hablaba era un hombre joven, moreno claro, alto. Lo vi un instante, luego no supe qué decir. Me observó, tenía los ojos negros y la ceja poblada como esa clase de perros que son utilizados para la caza. Era delgado y a pesar de tener un rostro joven intuí que pasaba los veinticuatro. Así me lo hicieron saber los puntos negros de la barba que amenazaba a brotar.

—Hola —dijo.

—Lo siento —mi voz sonó temblorosa.

—No es su culpa.

—¿Mi culpa?

—El que se hayan acabado los pastelillos, no es su culpa. Sabe, hago un viaje de cincuenta minutos sólo para comer estos pastelillos.

—Sí, son... —no supe si lo que había dicho era para incitarme a compartir mi botín.

—Exquisitos.

—Sí, exquisi...

—Su cambio —la muchacha me dio una bolsa de papel y unas monedas que guardé con dificultad en el bolso. Por algún motivo las manos me temblaban.

—Se lleva usted un tesoro —dijo él.

Le sonreí. Vamos, habla, di lo que sea, me dije. La boca se me trabó. Salí de ahí con un poco de temor. Por algún motivo aquel extraño había hecho que un rocío de sudor empapara mi cara. Pensé en voltear, pero no lo hice, me daría pena que me encontrara viéndolo.

Era ya entrada la tarde. El coche lo había dejado en un estacionamiento al cruzar la calle. Así que tenía que cruzar la acera. Caminé hacia la esquina. Deseaba voltear y ver por última vez a aquel joven no lo hice, era ya muy tarde. Yo, una mujer de 46 años comportándome como una niña. Sonreí. Esperé el semáforo. Los autos pasaban de prisa. Sentí que una mano tomaba mi brazo, apretándolo. Por un instante sentí que las fuerzas me abandonaban. Sí, quiero ir a tu departamento, pensé.

—Puedo invitarle un trago —la voz no era la misma que había escuchado en el café. esta vez era como si trajera algo atorado en la garganta.

Voltee. Un tipo gordo con la barba crecida me sostenía del brazo. Su cara estaba sudada y traía la camisa desabrochada de un botón.

—Suélteme —atiné a decir.

—Vamos preciosa, te va a gustar. Conozco a las tipas como tú —soltó algo de saliva que quedó embarrada en su barba. Su aliento olía a alcohol, lo comprobé cuando noté los ojos rojos y lo vi perder un poco el equilibrio.

Pensé en correr a cruzar la calle, pero los autos iban demasiado rápido y el tipo no me soltaba. El brazo me dolía.

—Le digo que...

—No, preciosa, yo te digo que te va a gustar.

Abrí la boca, por un instante me quedé paralizada.

—Suélteme.

—No intentes gritar, tengo una mano muy inquieta y no me gustaría darte un...

Me sentí perdida.

—La señorita —esa voz, pensé—, viene acompañada.

Era él.

3

El tipo gordo salió despavorido, tambaleándose como si caminara formando ochos. Yo hubiera hecho lo mismo pues por algún motivo mi corazón estaba a punto de salirse del pecho.

—Vaya —dijo sorprendido.

—Eh —dije atónita. Estúpida, pensé. Pudiste haber dicho cualquier otra cosa, pero un “Eh” eso era casi decirle “estoy loca por ti”.

—No entiendo.

Al parecer ambos sufríamos de la misma estupidez.

—¿Decía?

—Digo que en estas instancias no sé si el tipo corrió por miedo a mí o a usted.

Un balde de agua fría cayó sobre mí al escuchar “usted”. Después de todo, que más podría pensar de mí un joven, del cual podría ser su madre. Pero no lo eres, retumbaba en mi cabeza. Además, tu linaje es guerrero, ¿no?, Helena de Troya.

—¿De mí?

—Sí, deslumbra, sabe. Me llamo Emanuel, ¿usted?

Sentí que un montón de avispas rondaban por mi cabeza. ¿Era en serio?, había dicho “deslumbrado” o ¿mi cabeza me jugaba una mala pasada?

—Emanuel.

—Qué coincidencia, compartimos nombre.

Estúpida, pensé, como era posible que un joven algunos años menor que yo me pusiera a trastabillar. Una de dos: o la cabeza me estaba jugando una mala broma o él estaba jugando conmigo. Pero, ¿qué fin tendría? Debía averiguarlo. Respiré hondo.

—Helena, Helena Haro.

—Bien, Helena, Helena Haro suena mejor. Disculpe usted el atrevimiento, vi que el tipo...

—Sí, sí.

—¿Lo conoce?, Helena, Helena Haro.

—Sólo Helena.

—Helena, como la de Troya.

—Sí como la de Troya —respondí con un tono más bien de hartazgo, no era él era que el mismo comentario lo he escuchado por años—. Y Hari como Mata.

—¿Cómo quién?

—La espía francesa.

—Vaya.

—Sí, vaya.

—¿Lo conoce?

—¿Eh? —de nuevo me estaba pasando. Moví la cabeza a los lados para espabilarme.

—Al tipo ese, ¿lo conoce?

—Jamás lo había visto.

—Parece que la salvé de un gran peligro. Podría darme a cambio...

Las piernas me temblaron. Su rostro era cuadrado, antes me había parecido un poco más austero, y aunque tenía una cicatriz en el labio superior eso no disminuía su atractivo. Quizás se la había hecho peleando con tiburones o osos. Sonreí, él se me quedó viendo, extrañado.

—Un pastelillo —dijo y señaló la bolsa que traía en la mano derecha—. O Bien podríamos beber un café.

—Tómelos. El café...

—Sólo jugaba, sabe. En realidad, espero a alguien, vi lo que sucedía y entonces...

—Entiendo...

—Helena.

—Sí.

Me tomó de la mano y la apretó tan fuerte que sentí un poco de dolor. Sí, era fuerte, y sí quizás peleaba con osos o tiburones. Volví a sonreír.

—¿Dije algo gracioso?

Ahí estaba él aleccionándome: ahí estaba yo, echando al caño la amabilidad de un extraño.

—Nada es sólo que...

—Fue un placer —interrumpió y dio media vuelta. A los pocos metros volteó—: Un puñetazo.

—Eh —dije, casi gritando.

—Mi cicatriz, fue un puñetazo, ¿recuerdas?
¿Recuerdas?

Ese día no pude dormir. ¿Recuerdas? ¿Por qué había dicho recuerdas? ¿Acaso lo conocía? Un montón de dudas asaltaron mi cabeza. El roce de su mano con la mía. Lo tibio de su aliento entrando por mi boca. Aunque no estaba segura si en verdad todo eso había pasado le rogaba a mi cabeza que se dijera que era cierto. También le hacía saber que borrara los recuerdos donde me había quedado paralizada, pero eso no sucedió. Me sentía como una adolescente. Yo Helena, madre de dos hijos, dueña de varias empresas y con la consigna de haber salido adelante después de quedar viuda, como una adolescente. Preparé el jacuzzi, puse una dosis extra de sales de baño y me relajé. Uno de mis grandes placeres siempre ha sido tomar un baño con agua caliente en el jacuzzi. No sé si mi piel sea más gruesa de lo normal, pero puedo soportar temperaturas fuera de lo normal. Aunque he de decirlo, el agua fría no me detendría si de tomar un baño hablamos. A veces, me he hospedado en un hotel sólo para probar lo relajante del jacuzzi. En una ocasión tuve quemaduras leves en otras, hipotermia. Vaya placeres culposos, siempre terminan por dañarla a una, de cierta manera. Me sumergí en el jacuzzi. El teléfono sonó varias veces. No hice por contestarlo. No me importaba si era para avisar que el mundo estaba a punto de explotar. Que explotara. Hay días en que podría morir a gusto. Definitivamente no era uno de esos días pero sí se le acercaba. Al salir de la jacuzzi me esperaba una esencia de flores y canela. El olor de la canela, por algún motivo, me parece excitante. Me recosté. Las llamadas eran de Lily, de seguro se había peleado con Gabriel. No era buen momento para escuchar quejas. Apenas unas horas antes todo era miel sobre hojuelas entre ellos, apenas unas horas antes me había dejado plantada por sentir su verga dentro; pero también, apenas unas horas antes lo había tenido de frente a mí. Su aliento entrando por mi boca. El roce de sus manos. ¿Recuerdas? Tenía que verlo de nuevo. “Hago un viaje de cincuenta minutos sólo para comer ESTOS pastelillos”. No, no era un error claramente él dijo ESTOS, estos y no otros. Bien pudo haber dicho: me agradan, es una lástima

que se hayan terminado, iré a buscarlos a otra parte. NO. Él dijo: Estos pastelillos. Me puse el perfume y la esencia de canela. Coloqué un poco, también, debajo de la lengua. Me dejé hundir en la cama. ¿Debía devolverle la llamada a Lily? Seguramente si había tenido otro problema con Gabriel estaríamos hablando toda la noche sobre eso. No, esta noche no, pensé. Esta noche es para mí, para mí y para Emanuel. Emanuel, su nombre tenía algo de canela, al igual que el panecillo de avena. Los mismos que a él le gustaban. Después de todo no era tan difícil reencontrarlo. Pero qué le diría.

—Me recuerda soy la mujer —le diría apenas lo viera comprando panecillos.

—Ah, es usted.

Usted. Sí, él me había llamado usted. Era obvio que reconocía la diferencia de edad. En el peor de los casos no me recordaría y entonces quedaría como una estúpida.

—¿Me recuerda?

—Eh, disculpe, no, lo siento, no la recuerdo.

—Hace unos días, aquí.

—Lo siento señora, yo, no, usted disculpe.

La cabeza me estaba jugando una mala pasada. No era posible que hasta en mis pensamientos me fuera tan mal. Podría pasar eso o:

—¿Me recuerda?

—La recuerdo, no he dejado de pensar en usted —su aliento golpearía mi cara.

NO NO NO NO NO NO.

—¿Me recuerda?

—Te recuerdo, no he dejado de pensar en ti —su aliento golpearía mi cara.

—Lo dices...

—Shhh —pondría su índice en mi boca.

Me acercaría lentamente pondría mis labios cerca de los suyos, su aliento tendría algo de canela, su mirada sería un fuego profundo.

—Cuando dos almas están destinadas a encontrarse el lenguaje se da por medio de los cuerpos.

Me tomaría de la cintura y besaría mi cuello, luego me dejaría caer lentamente en la cama, ¿la cama?, sí la cama. ¿Pero cuándo pasamos de comprar un panecillo de avena a la cama? No importaba. Me dejaría caer sobre la cama. Sus dientes se clavarían en mis pechos y sus manos apretarían

mis nalgas mientras su aliento entraba hasta mis entrañas.

El teléfono sonó de nuevo. Supuse que era Lily. No hice por contestarlo. Mis manos estaban entretenidas.

Fueron días de estar inquieta. Mentiría si digo que no fantasee con él. Lo imaginaba tomándome a la fuerza. Era como un arrebató. Eso fue los dos primeros días. Porque después de ahí quise tomar cartas en el asunto. No podía estar más a la espera. La cosa iba así: iría todos los días al mismo café a la misma hora, de ser posible trataría de sacarle información a la cajera. Cuando lo encontrara lo invitaría a tomar un café o un trago. Hoy no puedo, lo siento, estaban dentro de las posibilidades; entonces mañana o cualquier día, estaban entre las mías. Lo demás sería dejarse llevar por la charla o las miradas. Lo primero sería conseguir información con la cajera. Así lo hice. Nada. Y cuando digo nada significa precisamente eso: NADA.

—Disculpe, señorita — le dije a la encargada con todo y su cara de enfado.

—Diga, señora —dijo en tono chillón.

¿Señora? Pfff. En pocos años te verás como yo y yo me seguiré viendo igual. La chica tenía marcas en la cara, supongo que era acné o una viruela mal tratada. Le sonreí.

—Un chico, busco a un chico.

—Un chico, eh —escribió algo en una libreta.

—Sí, un muchacho como de 1.80, piel morena clara, con una cicatriz en el labio —sentí que no debí haber dicho eso debido a sus marcas, quise remediarlo—. Una cicatriz casi imperceptible, no es que yo le ponga atención a esas cosas, es sólo que...

—¿Su hijo?

—No, bueno, sí, no, no.

—Disculpe, no lo ubico —dijo—, el que sigue.

El lugar estaba vacío.

—Pero.

—El que sigue.

Supe que debía marcharme y no volver a preguntar.

A partir de ahí me sentaba y esperaba por dos horas cada día. En la

misma mesa, pedía el mismo pastelillo de avena, el mismo vaso de americano y tenía los mismos pensamientos. Poco a poco su imagen se fue disipando y con ella la idea de volver a verlo. Es difícil recordar a alguien cuando su imagen no ha estado presente por un largo tiempo. Con Luis me pasó diferente, había días en que lo veía en todas partes, creía verlo, mejor dicho. No fue sino hasta los cinco o seis años de muerto que empecé a olvidarlo y en los recuerdos su rostro aparecía como algo genérico. La duda terminó por consumirme. Después de todo, en caso de encontrarlo ¿qué le diría? En esos días también, platicué con Lily, quedamos de vernos en un restaurante de comida italiana, esta vez llegó temprano. Pedimos una botella de vino, no era nuestra intención comer. Como lo supuse había dejado a Gabriel por enésima vez. Por algún motivo pensé que era momento de ser sincera con ella. Le solté la bomba. Primero empezó a contarme de todas las correrías de su maridito. Despotricó en su contra a tal grado que tal pareciera que nunca lo hubiera querido. Fue en ese momento que aproveché:

—Recuerdas aquella reunión.

—Darling, hemos tenido tantas reuniones.

—¿Aquella dónde se me cayó el ponche?

—¡Cómo olvidarlo!, fue bomba.

—Gabriel.

—Sí —alargó la “i” como si supiera lo que se venía.

Respiré hondo.

—Gabriel trató de besarme.

Hubo un silencio incómodo.

—Ahora lo entiendo todo.

—Eh.

—Sí, Gabriel siempre está preocupado, como que me quiere decir algo, pero no puede —por algún motivo intuí que trataría de justificarlo y buscar una excusa para regresar con él—. Ahora lo comprendo todo, lo que él tiene es remordimiento. El remordimiento que entre tú, amiga, y él pasó algo.

—¿Pasó algo?, no me estás entendiendo, no pasó nada.

—No, no, entiende, los perdono, a ambos. Verás, Gabriel es así cuando toma, es, cómo decirlo, sociable. Tiende a tocar a las personas, y en ocasiones eso se confunde con algún gesto de algo. Seguramente el alcohol, el ambiente, lo guapo que es, te confundieron.

—Lily, por favor, intentó tocarme.

—Amiga, te entiendo, tantos años sin nadie que te acompañe, es difícil

sabes.

—Pero, yo...

—Tú nada.

—Es un mujeriego.

—No seas una mosca muerta, he visto cómo lo miras.

Se levantó molesta, se despidió sin siquiera darme la mano sólo dejándome una sonrisa fingida y la cuenta. Como era de esperarse regresó con él. Desde ese momento decidí no involucrarme, poco a poco mi vida retornaba a su normalidad: aburrida. Mis días pasaban sin pena ni gloria. Esteban fue a la casa sólo para despedirse. Iba a un viaje largo por el Caribe. En ocasiones, he pensado en Esteban como un extraño y no tanto como un hijo. Lo amo, es verdad, pero lo siento tan alejado que es como si no fuera parte de mí. A veces pasan meses sin verlo y cuando lo hago nuestras conversaciones no pasan de un hola y adiós, como fue este último encuentro. Llegó, abrió la nevera, tomó un galón de jugo y le dio un trago. Luego volteó conmigo y dijo

—Hola.

Le sonreí.

—Tengo prisa —dijo—. Voy a hacer un viaje.

—Cuídate.

—Lo haré, madre, mandaré postales.

—¿A dónde vas?

—Cuba, Guyanas, a dónde el viento sople.

Duramos algunos minutos en silencio. Le dio otro trago al jugo, luego lo puso dentro de la nevera.

—Bueno, me tengo que ir, tú sabes.

—Yo sé, yo sé...

Me dio un beso en la mejilla y no volví a saber de él sino hasta tres días después, cuando me hizo una llamada para decirme que andaba en la Patagonia. En cuanto a Diana, me había mandado un mensaje para decirme que iría a cenar el miércoles.

No tenía la menor intención de recibir a Diana. No, en realidad no era eso. Lo que en realidad no quería era bañarme, cambiarme y, sobre todo, cocinar. De haber sido sólo Diana no pasaba nada, pero en su mensaje claramente mencionaba que vendría acompañada. Mis hijos estaban creciendo y Diana vendría con una sorpresa. Sí, sabía que mi hija no era una perita en dulce y a lo largo de su corta vida, había tenido más parejas que yo, pero nunca había venido a casa con un chico. Mi ánimo estaba por los suelos. Después de que Esteban se había ido y tras no encontrar siquiera rastro de Emanuel, caí en depresión.

De cierta manera todo se me acumuló. Duré casi una semana sin cambiarme siquiera de ropa interior. De hecho, no lo hice el día que Diana fue a la casa. Sólo me recogí el cabello y me puse un vestido negro un poco suelto. Usé una capa de maquillaje a base de agua y me puse zapatillas sin tacón. Algo normal. Esperaba que la reunión pasara lo más rápido posible. No me veía elegante, ni casual, si alguien me pidiera definir el estilo de ese día sería intrascendente. Todas tenemos nuestros días y qué más daba que no luciera. Después de todo no se trataba de impresionar a nadie; era Diana quien debía brillar. De cena hice pasta con albóndigas. Estuve a punto de pedirla a Silverio's, no lo hice, mi hija no me lo perdonaría ella conoce mi sazón y es impensable engañarla. No sucedería eso con Esteban, el pobre tiene un paladar de arena, siempre ha dicho que todo le sabe a talco para bebés. Cuando lo menciona pone una cara de tristeza que no sé si deba reír o llorar.

Eran entradas las ocho, traía dos copas encima y una picazón en la entrepierna a causa de no haberme cambiado las bragas. Pfff, mala elección, pensé y me sentí mal de no haber puesto más esmero en mi persona. No aguanté más. Al tratar de quitármelas se atoraron en mis zapatillas. El timbre sonó. Demonios, ¿Qué debería hacer?

—Voy —dije, como si alguien detrás de la puerta, seguramente Diana y su acompañante, me fueran a escuchar.

El timbre sonó de nuevo.

—Voy —repetí.

Me empecé a irritar ante la insistencia. Mis bragas seguían enganchadas en una de mis zapatillas. Por un instante pensé que me caería pues tenía un pie arriba. El timbre sonó varias veces seguidas.

—Voy, voy, dije que ya voy —sentí ganas de llorar.

Logré zafar las bragas del zapato, las aventé debajo de la mesa. Rogué porque el olor no saliera de ahí. Corrí a abrir.

—Mamá —dijo Diana y me plantó un beso en la mejilla.

Olía al mismo perfume que usaba Luis. Nunca he comprendido si lo hace porque realmente le gusta o lo hace para que yo no lo olvide. Tampoco nunca me he atrevido a preguntarle y creo que nunca lo haré.

—Pasa hija.

No lo hizo. Se quedó en el arco de la puerta. Toda mi desesperación y miedo se disipó de golpe cuando la vi sin nadie tomándola del brazo.

—¿Vienes sola?

—Oh, no, él olvidó algo en el coche.

Como supuse, era un hombre. Mi niña está creciendo, pensé.

—Ya llega, mamá —dijo y me sonrió—, te presento a Emanuel.

—Mama... eh, mamá, ¿pasa algo?

Frente a mí estaba Emanuel. No podía ser, Emanuel era el acompañante de mi hija. ¿Debía preguntarle cómo le iba? ¿Me recordaba? Mi cabeza estaba hecha un remolino y no era precisamente por el vino, aunque, a decir verdad, ya había hecho efecto. O era que en realidad había tomado demasiado alcohol y estaba en medio de una alucinación. Mordí mis labios lo más fuerte que pude. No, lo que veía no era una alucinación, pude probar el sabor de la sangre y era muy real.

—Mucho gusto —dijo y extendió la mano. No me recordaba. En sus palabras estaba implícita la voz que una persona le brinda a un desconocido. Sentí que alguien dejaba caer una cubeta de agua fría por mi espalda.

—Mamá —Diana se acercó un poco a mí—, te están saludando.

—Eh, sí, un placer —dije.

—¿Me recuerda?

Diablos, Emanuel estaba jugando conmigo, en realidad sí me recordaba, ¿por qué no haberlo dicho desde un principio?, ¿por qué no se notó sorprendido desde un inicio? ¿Acaso era esa clase de hombres que ven a las mujeres como un ratoncito con el que deben jugar antes de comerlo?

—Sí, yo, fue hace un par de... —la voz me temblaba.

—Es Emanuel, cuarto grado, ¿recuerdas? —dijo Diana.

—Cuarto grado.

—Sí, fue en aquella esquina —dijo y señaló la esquina de la casa detrás de un cuadro de Toledo—, Esteban venía llegando del colegio... Diana y yo jugábamos a... un beso, algo inocente... y bueno, su hijo tiene buena pegada, me extraña que no hay sido boxeador —señaló la cicatriz del labio—. ¿Recuerda? Por cierto, ¿Esteban está en casa? Hace tantos años, espero me hay perdonado.

—Está fuera del país.

—Una lástima. Me hubiera gustado saludarlo.

Un vendaval de recuerdos llegó a mi cabeza. Sí recordaba a un Emanuel,

un niño que venía a hacer la tarea con Diana. ¿Una, dos veces? Hasta que el incidente con Esteban lo alejó.

—¿Emanuel?

—Sí, Emanuel. Emanuel Helena, Helena Emanuel. Listo.

—¿No es curioso? —dijo Diana—. Tenía años que no sabía de él, nos encontramos hace algún tiempo y comenzamos a salir.

—¿A salir? —pregunté y sentí un hueco en el estómago, necesitaba un trago.

—Nada formal, o eso intentamos que sea.

Comprendí, por qué aquella vez me había dicho si recordaba, no hubiera sido mejor decirme lo de la niñez. Quizás no, después de todo quién iba a pensar que nos volveríamos a ver.

—Huele —dijo Emanuel y me tomó la mano, la llevó a sus labios, sentí miedo que se hubiera dado cuenta de algo extraño. ¡Las bragas!, pensé, las malditas bragas—. Delicioso.

Me sentí apenada.

—¿Espagueti?

Suspiré aliviada.

—Sí —dije y retiré la mano.

Los invité a pasar a la sala. Lo había buscado por semanas y de repente lo tenía ahí, frente a mí, sin saber qué decir. Ciertamente no era el mejor momento. Además, era el invitado de Diana. Lo mejor era dejarlo pasar. Charlamos algunas fusilerías. Diana le mostró un álbum de fotos y Emanuel dijo que recordaba una ocasión en particular, Diana llevaba un vestido rojo de olanes.

—Helena, si mal no recuerdo, usted traía el mismo vestido de Diana.

No podía ser, ¿me estaba flirteando?

—Debió ser, en ese tiempo ella gustaba de usar la misma ropa que su madre.

—Estuve ahí. La recuerdo, créame cuando le digo que la recuerdo.

Sí, definitivamente me estaba flirteando. Pero, ¿por qué a mí? Debo aceptarlo, frente a mi hija soy una mujer equis. Es mucho más bonita que yo, su cutis está terso y su cuerpo está mejor delineado, a eso hay que sumarle su aire de frescura, es como si Diana trajera un aire de frescura integrado. Aunque, por otra parte, Diana no es de arreglarse mucho. Si se las ingeniara pasaría desapercibida en una habitación con sólo veinte personas. No, no estaba compitiendo con ella. No tendría por qué. Ese coqueteo quizás era

imaginación mía. Y digo quizás porque quizás no era ni siquiera eso, coqueteo, sino simple amabilidad.

—Fue hace tanto tiempo.

—El tiempo es relativo —dijo. Definitivamente no imaginé eso.

Nos quedamos viendo. No sé si Diana se dio cuenta de ello. Escuché un golpe seco, Diana había cerrado el álbum.

—¿Cenamos?

—Cuando gusten —dije.

Charlamos unos cuantos minutos más. Así lo hubiéramos hecho por horas el tiempo se me había ido volando. Como él había dicho, el tiempo es relativo. Pasamos a la mesa. Emanuel se sentó al lado de Diana quien dejó un espacio de una silla de donde estaba sentada yo. Antes de dar el primer bocado bebí otra copa. Comimos. Me serví otro poco de vino, y di un sorbo.

—Argentino.

—Eh.

—El vino, el vino es argentino. Chardonnay, para ser específico, la uva argentina tiene la cualidad de estar entre dulce y amarga. Hace años hubo un boom de vinos argentinos, se creía que tenían la cualidad de ser afrodisiacos. Pero, seamos sinceros, el alcohol, en general, es afrodisiaco.

—¿Usted cree?, pienso que es cuestión de perspectivas.

—Mamá. No tienes por qué seguir la conversación si no quieres, Emanuel puede ser, cómo decirlo, muy impertinente.

—No me ofende, en lo más mínimo.

—No —dijo él y estiró la mano hasta tomar la de Diana—. Está bien, sí, creo que el despertar carnal es cuestión de perspectivas, sin embargo, hay estimulantes, que aceleran el proceso.

—Como el alcohol.

—El alcohol, la mirada, el roce, los olores, el baile.

—¿Comemos? —dijo Diana. Supongo que no se sentía cómoda de hablar de sexo en la misma mesa con su madre.

—Y sí combinamos todos esos elementos...

—Así es, tendríamos una bacanal...

Ambos reímos. Diana simuló una sonrisa.

—Lo que usted dice, es que ¿aunque no haya atracción entre dos personas, si hay esos elementos que podríamos llamar externos se puede encender la piel, la pasión?

—Eso digo.

—No lo sé.

—El tango, por ejemplo.

—¿El tango?

—Sí, el tango, el tango es un estilo de baile sensual. Es casi imposible bailar tango sin que el cuerpo no sienta nada.

—Tango —dije—, pasión y baile.

—No pude haberlo dicho de mejor manera.

Diana dio dos golpecitos a la copa.

—Emanuel es instructor de tango.

—Instructor, eh.

—Sí, nada profesional, doy clases los martes y jueves de 5 a 7. En la plaza Obed, justo arriba del café Zoler.

Café Zoler, demonios, ese lugar era justo donde lo vi la primera vez. ¿Cómo no se me ocurrió antes dar una vuelta por toda la plaza y sólo visitar el café?

—Intenté bailar, madre.

—Intentó bailar —repitió él.

—No es algo sencillo, sabes.

—Puede ir, si gusta.

—Deberías intentarlo, mamá, sería una buena distracción para ti. Desde que murió papá, bueno, tú sabes.

No contesté, moví un poco la cabeza y sonreí, no estaba segura si debería ir. Comí el espagueti y bebí otro poco de vino.

—Chileno —dije.

—Eh.

—Chileno, el vino es chileno.

—Ah.

Emanuel me observó, supongo que no le agradó que lo corrigiera. Diana no se percató de ello, seguía disfrutando de las albóndigas. Los tres seguimos comiendo. Mi comentario se perdió a los segundos de haberlo hecho.

—Perdón, soy demasiado torpe con las manos —dijo Emanuel.

—¿Perdón? —Diana se notaba confundida—. Pero, ¿de qué me he perdido? ya no sé de lo que se habla en esta mesa.

—Se me cayó la servilleta —dijo y se encogió de hombros—. Tengo dedos de espagueti.

Los tres reímos.

Emanuel se agachó debajo de la mesa. Las traía en la mano. Traía mis

bragas en la mano. Las llevó hasta la boca y se limpió los labios, luego las olió. Sentí temor, Diana estaba a un lado, no era posible que no se diera cuenta. Él me observó como un depredador a punto de atacar a su presa.

—Deliciosa —dijo Emanuel. Y torció la boca, simulando una sonrisa.

Sentí que la tierra se abría y me tragaba. Diana no se dio cuenta. Emanuel ya había puesto las bragas sobre la mesa, las rozaba con la mano mientras me veía maliciosamente.

—Supongo —no supe qué decir, en caso que Diana se hubiera dado cuenta quedaría como una cualquiera.

—El espagueti, la cena en general le quedó deliciosa.

—Sí, sí, gracias.

—Podría —dijo y se levantó de la silla.

—Sí.

—¿Podría prestarme su baño?

—Segundo piso a la izquierda.

Emanuel se levantó, antes se limpió la boca con las bragas. Los nervios me estaban comiendo por dentro. Se retiró de la mesa. Diana aprovechó para preguntarme qué me parecía. Le respondí que pensaba que era buen hombre. Le comenté también que no lo recordaba de niño. Ella dijo que a decir verdad tampoco lo hacía.

—¿Es serio? —me animé a preguntar.

—No lo sé, puede ser el indicado o un hombre de una noche.

—Hija.

—A decir verdad, no creo que haya una mujer que vea a Emanuel como un hombre de una sola noche.

—Diana.

—Mamá, por favor, ambas sabemos de lo que hablo, tu hija ya creció, sabes. Además, te llevaste muy bien con él.

Agregó que había mucha naturalidad entre nosotros.

—Es como si se conocieran de toda la vida —dijo Diana.

Me sonrojé, creo que ella lo notó. Hubo un silencio incómodo. Diana se disculpó, dijo que tenían un compromiso, que iría por Emanuel. Así lo hizo. Yo me quedé en la mesa. En cuando ella desapareció de mi vista, me levanté a coger las bragas. Las olí. No voy a mentir, su olor era muy fuerte. Levanté la mesa, al recoger el último plato se apareció Diana y Emanuel.

—Mamá, tenemos un compromiso.

—Entiendo —dije y me despedí.

Emanuel se acercó y me besó en la mejilla. Juro que estuve a punto de hincarme frente a él y comerle la verga. Lo hubiera hecho sí me lo hubiera pedido, por supuesto no lo hizo, en su lugar dijo:

—Fue un placer — y agregó—: Jueves.

—¿Jueves?

—Las clases son los jueves, martes y jueves, a las ocho.

Siendo sincera no pretendía asistir a la clase de baile. Ni siquiera conocía a ciencia cierta lo que era el tango. Según yo, sólo consistía en vestirse bonito y arrastrar los pies mientras se escucha una música que más bien parecen lamentos de alguien desesperado por amor. Además, no pretendía dejarme llevar por el juego, un juego de cierta manera, debo decirlo, estúpido. Veinte años en promedio de diferencia. Y veinte años son toda una vida. Un mundo recorrido y un mundo por recorrer. Y lo más importante: Diana. En fin, mi cabeza estaba hecha un lío y era a causa de querer comportarme como una niña. El instinto le estaba ganando a la razón. Eso no era bueno. Nunca ha sido bueno. Sin embargo, de algo sirvió que Emanuel apareciera, a raíz de que se presentó en mi casa mi humor cambió. Esa misma noche tuve un baño de una hora y a la mañana siguiente me levanté a correr. Si mi memoria no me falla tenía más de un par de meses de no hacerlo. Se me había olvidado lo refrescante que es sentir el aire fresco golpear el rostro mientras las ideas se van aclarando. Los músculos se estiran y sí, cuando se corre por un lugar donde hay árboles corre una el riesgo de tragarse un mosquito. Eso no es nada en comparación con pensar con claridad. ¿Cuántos pleitos, negocios, decisiones importantes se habrán tomado mientras corrían? Pensar, pensar es lo que debería de hacer. Y así lo hice, pensé en Emanuel, en Diana, en Esteban y los momentos felices al lado de Luis, pensé en ese viaje a Italia que nos prometimos y que el destino se encargó de arrebatarlos. ¿Si tan sólo una se dejara de miedos y se dedicara a vivir, sentir para vivir y vivir para sentir? Ahí estaba otra vez, cambiando las cosas para acomodarlas a mi conveniencia. ¿Qué pasaría si una se dejara de prejuicios y se dedicara a vivir? Esta misma pregunta se presentó durante las dos semanas siguientes hasta que decidí ir a las clases. Quizás fue un arrebató, quizás fue que el no haber hablado con Diana en ese tiempo había borrado un poco el sentimiento de culpa. Aunque, después de todo, sólo se trataba de una simple clase de tango, ¿no?

Llegué poco antes de las ocho. En caso de arrepentirme tendría tiempo de irme sin problemas. El lugar era pequeño, no parecía para nada un estudio de baile. Era un espacio de unos diez metros por siete, o eso pensé, aunque nunca he sido buena para definir distancias. Tenía piso de madera. Me llamó la atención el techo, era demasiado alto con unos candelabros estilo Art deco. Aunado a ello en el frente tenía un ventanal que cubría casi toda la pared principal. El ventanal tenía la cortina abierta. En tantos años de andar por el rumbo jamás puse atención a ese lugar. Aunque es normal. La vida en la ciudad es tan estresante, se vive tan rápido que el único lugar que una dirige la mirada es al suelo. Si acaso los espectaculares son las únicas cosas que una ve a lo alto. El estudio contaba con un solo mueble: un sofá escondido al fondo, había espejos que tapizaban las paredes y una barra cerca de la puerta. ¿Realmente encontraría ahí a Emanuel o era parte de su juego? Seguí viendo el lugar en busca de algo que me hiciera convencerme de quedarme. Sentí que me tomaban fuertemente por la cintura, por detrás.

—Sabría que vendrías —escuché la voz de Emanuel. Su aliento golpeó mi cuello, me estremeció la piel.

Como si alguien hubiera abierto un grifo empecé a mojarme.

—Una lección —dije y me sentí como una estúpida. ¿De dónde había salido?

—Eso tendrás.

Se pegó un poco a mí. Sentí su verga rozar mis nalgas. Tuve el deseo de voltearme y besarlo. Pasar mi lengua por su pecho. ¿Tendría pelo en pecho como ese tipo de hombres animalescos o sería lampiño como un bebé malcriado?

—La clase —dije. Mi respiración iba en aumento.

—Te sorprendí, eh —se separó no sin antes abrir su mano y girar uno de sus dedos por mi ombligo.

—Un poco, sí.

—Escuché que abrieron, ¿no te enseñaron a tocar la puerta antes de

entrar?

Por Dios. Emanuel trataba de aleccionarme. ¿Era en serio? Aunque, tenía razón, al llegar al salón lo único que había hecho fue empujar la puerta sin importarme si podía entrar.

—Perdón —dije aunque no sentí ningún tipo de remordimiento.

—Descuida, digo que escuché que abrieron, luego te vi entrar, pasaste casi a un lado mío, y me escondí por allá —señaló detrás de la barra—. Ven, te mostraré el lugar —dijo y me tomó de la mano como si fuera a conducirme por un laberinto, en realidad sólo dimos un par de pasos antes de llegar a la mitad del estudio.

—El lugar es...

—Pequeño, lo sé.

—No quise.

—Descuida, es pequeño pero es exactamente lo que ocupo. No viene mucha gente por acá, de cinco a ocho alumnos por mes. Además, no soy un experto en bailar tango, sé algunas cosas otras las ignoro.

—Maestro, eh.

—Diana lo dijo, yo diría que soy un entusiasta. Y bien, el lugar es pequeño, antes creo que se dividía en dos, de ahí la altura del techo.

—Alto, sí, tiene buena iluminación.

—La tiene, sí. Incluso, el dueño me dice que aquí era un pequeño estudio de un pintor. No lo sé. La vista es espectacular, por las noches se ve hacia afuera, no así hacia adentro. He pasado noches enteras sentado frente al ventanal, viendo las luces de la ciudad.

—Como si fueras un espía.

—No lo había pensado así. Aunque no creo que los espías hagan sus investigaciones d-e-s-n-u-d-o.

Un poco de saliva resbaló por mi garganta, estuve a punto de decir algo peor me interrumpió.

—Lo que no comprendo son los dispersores de humo —señaló al techo, había varios dispersores que no vi en un principio—, ni siquiera sé si funcionan. En fin, detrás de la barra hay un sistema de sonido, las bocinas están en las esquinas —señaló las cuatro esquinas, en ellas había unas bocinas rectangulares—, es todo lo que ocupo. En unos minutos inicia la clase. Podrías sentarte a ver, sin compromiso —dijo y guiñó el ojo.

—Sólo venía a...

—El tango —dijo y me tomó con una mano de la cintura, con la otra me

agarró la muñeca—, no es para personas que dudan. Tú, Helena, ¿dudas? —
estiró un pie, lo imité, luego arrastró el otro e hice lo mismo, mi respiración
aumentó.

—Es sólo...

—Ves —dijo, puso su boca cerca de mi cuello—, tienes un talento natural
para el baile.

Dimos una media vuelta, estiré la cabeza hacia atrás, pude ver parte del
ventanal, las luces de la ciudad empezaban a aparecer. Sentí su respiración
golpear contra mi cuerpo.

—Interrumpo.

Me había dejado llevar. De no haber sido porque una de las alumnas de Emanuel llegó temprano sólo Dios sabe hasta dónde hubiéramos llegado. ¿Alumna?, me dije, mientras la miraba de arriba abajo y centraba mi atención en lo ajustado de su blusa para hacer resaltar sus tetas. Puta, pensé. Emanuel me soltó de la mano y la besó en la mejilla. Sentí un revoltijo en el estómago. Ella le coqueteó de manera descarada.

—Cariño, ¿podría tomar la clase a solas, en mi casa? —en lugar de verlo a él me vio a mí.

Emanuel sonrió. Cabrón, pensé y le esboqué una sonrisa a ella.

—Siento que no estoy aprendiendo lo suficiente, necesito una dosis —dijo y lo tomó de la mano.

—¿Una dosis? —pregunté.

—Sí, sí, una dosis de tannnnngooooo.

—Podrías —dijo Emanuel y se soltó de su mano—, tomar la clase de los martes si gustas.

Ella hizo una mueca. Sonreí por dentro. ¿Me estaba dando mi lugar? Sí, en realidad estaba sucediendo. Aunque, a decir verdad, no sé si esos pensamientos sólo estaban en mi cabeza o en realidad pasaban.

—Podría pagar... el doble —dijo ella.

—Lo siento, mi tiempo libre es para la señorita —respondió él y me tomó de la mano.

Ya no tenía ninguna duda, Emanuel me estaba coqueteando.

—¿Ella? —dijo la chica y me señaló con un dedo al tiempo que hacía una mueca levantando el labio superior.

—Ella —reafirmó él.

En toda esa charla yo permanecí en silencio. Mi intención era tratar de analizar todas y cada una de las palabras de Emanuel. ¿Hasta dónde era capaz de llegar sabiendo que era el novio de mi hija?, ¿novio?, esas palabras retumbaron en mi cabeza y desbarataron los castillos que había formado

apenas unos instantes antes. Pensé en Emanuel haciendo suya a Diana. Tomándola de la cintura por la espalda tal y como me tomó a mí cuando llegué al estudio. Sólo que a ella sí la penetraría. La pondría en cuatro y pasaría su verga alrededor de los labios hasta que ella misma se iría haciendo hacia atrás hasta comer con sus nalgas cada centímetro de su verga. No sentí celos, no tenía ese derecho. En su lugar sentí que mi parte se humedecía aún más. Era lo suficiente madura como aceptar que un hombre y su pareja tienen sexo. En el caso de dos jóvenes, mucho sexo. Por eso novios no era la palabra adecuada sino amantes.

—Podrías sentarte —dijo Emanuel y señaló un taburete en el mostrador. Para esto ya habían llegado otras cuatro mujeres. Tres de ellas eran guapas y jóvenes, una más era madura, un poco más vieja que yo, quizás. ¿Se acostará también con ellas como lo hace con Diana? ¿Acaso había dudas?—. Si eres capaz de soportar una clase entera te invito un café y un panecillo...

—De avena —dijimos al unísono.

—Sí, de avena —repitió él.

Tomé asiento. Todas las mujeres a excepción de la más grande lo observaban como una bulímica observa a un panecillo de chocolate. Emanuel encendió el sonido, utilizaba un pequeño control para eso. Empezó un tango cadencioso, después supe que se llamaba *La cumparsita*. Antes de ese día, para mí, todas las piezas de tango sonaban a lo mismo; después de ese día aprendí a disfrutar todos y cada uno de los tangos que he escuchado. Apenas puso un paso en la pista una de las alumnas se le colgó del cuello, se le quedó viendo fijo y flotaron por toda la pista. Luego, una a una se lo fueron turnando. Comprendí que, en parte, las mujeres iban por él, por estar junto a él y no tanto por el baile. ¿No había hecho eso yo misma? Fueron dos horas de ver cómo se juntaban los cuerpos. Hasta cierto punto era, sí, como lo había dicho durante la cena, un baile cargado de sensualidad. Además, conforme pasaba el tiempo y la noche se hacía más negra, el ventanal daba una vista espectacular. El baile se detuvo. Escuché algunas risas y cuchicheos. De pronto él caminó hacia mí, por un instante pensé que me sacaría a bailar, no lo hizo. Me pasó de largo. A pesar de que mi mirada lo siguió la suya no hizo lo mismo. La música dejó de sonar.

—Iremos por una copa —dijo un tanto agitado—. Puedes acompañarnos si gustas.

¿Iremos por una copa?, ¿puedes acompañarnos si gustas?, ¡qué demonios! Lo había esperado dos horas viendo cómo se hacía pasar por un don Juan. Y

sólo atinó a decir que irían por una copa. Sentí coraje y vergüenza. La chica que había llegado primero le puso una mano en el hombro.

—Estuvo genial —dijo y le plantó un beso en la mejilla, luego me señaló con desgano—. ¿vendrá?

—Iré a casa —dije con voz entrecortada.

Mientras manejaba a casa me sentí estúpida. Me dieron ganas de llamarle a Diana y contarle que su noviecito era un hijo de perra. Sí, sí, sí, un hijo de perra con todas sus letras H I J O D E P E R R A. No era posible que me hubiera dejado plantada. ¿Maestro de tango?, maestro del engaño diría yo. Llegué a casa y me metí al jacuzzi con todo y ropa. Tampoco me importó que el agua estuviera tan fría como un témpano. No era posible. No. No era posible que me hiciera lo que me hizo. Necesitaba hablar. Lily, mi única amiga, no era buena opción: seguramente estaba en su enésima luna de miel. Estaba sola y con el corazón roto como una adolescente. Abrí el agua caliente y me quité la ropa. Tras media hora de burbujas y esencias me relajé un poco. Algo de coraje aún rondaba por mi persona pero no tanto como para no empezar a disfrutar de un buen baño. El teléfono sonó. Dejé que lo hiciera. Si el mundo estaba desapareciendo no me importaba, bastante tenía con mi declive interno como para contestar. No sé, quizás el teléfono timbró por media hora, poco más poco menos. De cierta manera el agua disminuyó el coraje que sentía.

Clases de tango.

Vaya estupidez.

Cuando salí del jacuzzi me sentí mejor. Me sequé un poco. Las llamadas eran de Lily. También tenía algunos mensajes de voz. Fui a la cocina y abrí una botella de vino. Bebí de la botella un trago largo. Luego serví otro poco en una copa. Escuché los mensajes de voz. “Amiga help, help amiga”, “¿Dónde estás cuando más te necesito?, responde”, escuché cosas así por un buen rato; “Voy para allá”, era el último. Sin darme cuenta había estado caminando desnuda por la casa. Regresé al baño. Me puse la bata. No tenía ánimos de recibirla cambiada. Además, por el tono de su voz estaba borracha. El timbre de la puerta sonó.

—Por un instante pensé que me seguirías.

Quien estaba al otro lado de la puerta era Emanuel no Lily. En cuanto a mí, ¿traía los ojos hinchados? Había llorado un buen rato así que preguntarme eso era estúpido. Claro que traía los ojos hinchados, además sólo llevaba la bata encima. Si hubiera llegado unos minutos antes seguramente me hubiera encontrado desnuda.

—¿Qué haces aquí? —no se me ocurrió otra cosa. Y, en realidad, era la pregunta que quería que fuera respondida.

Emanuel se tambaleó un poco, su aspecto no era para nada bueno, parecía un hombre dejado a su suerte.

—Helena, ¿no era obvio? —dijo con voz aguardentosa—, ¿no es obvio? Por lo que pude oler estaba tomado.

—No, no lo es —sentí algo de poder en esas palabras. Era probable que para esas instancias ya se hubiera dado cuenta que había estado llorando.

—¿Puedo pasar? —dijo tratando de ocultar su embriaguez.

—No es prudente, estoy en bata y tú...

—Borracho.

—Exacto. Borracho.

—Me dejaste solo, sabes.

—Emanuel.

—Helena, pensé que quedaba claro, era ir tomar un par de copas y estar juntos, juntos tú, yo.

—Estas tomado.

—Y tú estás hermosa.

—Me incomodas.

—Tú y yo Helena, juntos.

—¿Juntos? —sus palabras retumbaron en mi cabeza. Esto no estaba nada bien. Las cosas se estaban saliendo de control. Por primera vez veía a un Emanuel fuera de sí que, a decir verdad, era algo muy acorde a su edad.

—Sí.

—Te fuiste con ellas.

Me estaba comportando como una novia celosa, vaya vergüenza, algo que jamás hice con Luis.

—No puedo decirle que no a esas viejas emperifolladas. ¿Notaste que al fondo del estudio hay un sofá?

Dije que no con la cabeza, aunque en verdad sí lo había notado.

—¿No? Bien, no tengo dónde vivir Helena, tenía un trabajo sí, me despidieron sabes, por mi condición.

—¿Tu condición? ¿De qué hablas? No estoy entendiendo.

—Sí Helena, soy un pobre Diablo, que lo han despedido de su trabajo y que para poder tener un techo donde vivir da clases de tango a mujeres que sólo piensan en acostarse conmigo y está bien, sabes, entiendo que quieran salir de sus monótonas vidas —sentí que esas palabras iban dirigidas hacia mi persona—, está bien me que acosen una o dos veces, pero acaso tú sabes lo que es estar condenado a...

En su rostro vi un par de lágrimas.

—No estoy entendiendo. Estás tomado Emanuel. Puedes pasar la noche...

—No quiero una limosna, te quiero a ti.

Se acercó y me dio un beso. El beso más amargo que he probado en toda mi vida y, sin embargo, tenía algo de ternura. Por algún motivo sentí que nos conocíamos de toda la vida, por algún motivo, también, sentí que me estaba contando una gran verdad, su verdad.

—Necesito estar bien con ellas —dijo como desesperado—, necesito seguir pagando el alquiler, lo necesito, lo necesito. ¿Sabes lo que es ir de puerta en puerta y te nieguen el trabajo, que sabes perfectamente puedes realizar mejor que nadie en el mundo, sólo por tu condición?

—No entiendo de qué condición hablas.

—Pasa la noche conmigo —dijo entre sollozos. Sus palabras eran entrecortadas, como el berrinche de un niño.

De mis labios estaba a punto de asomarse un sí cuando escuche la voz chillona de Lily.

—Se largó con otro —dijo ella.

Lily estaba detrás de Emanuel. Traía los ojos hinchados y la boca reventada. Su nariz traía una costra de mucosidad.

—Eh.

—Lo que oyes amiga, el cabrón, se largó con otro, no con otra, con otro

—dijo y soltó el llanto—, era gay, era gay amiga.

Yo estaba en shock, era demasiado para una sola noche. Por una parte tenía a Emanuel prácticamente rogándome que me acostara con él y hablando de su condición. ¿A qué demonios se refería con su condición? Parecía un chiquillo, por un momento los castillos que había hecho a su alrededor y el coraje que sentí cuando me dejó plantada pasaron a ser lástima. Sentía lástima por él, sin embargo, aún así sentía ganas de estar a su lado. Por otra parte estaba mi amiga, ahora llegaba con algo nuevo: su esposo gay.

—Perdón —dijo Lily, volteando a ver a Emanuel— no sabía que...

—Emanuel —dije, tratando de presentar.

—Tenemos que hablar, amiga, por favor —dijo Lily.

—Pero...

—No, yo, me lo merezco —dijo Emanuel—. Las dejo a solas.

—No es necesario.

No bien había terminado la frase cuando Emanuel dio media vuelta y se fue, lo seguí con la mirada hasta que se perdió en las fauces de la noche. Yo me quedé con las palabras atoradas en la garganta.

Lily pasó y me contó lo sucedido. Por la noche había revisado el celular de Gabriel, por suerte ella sabía la contraseña. Fue fácil: puso una cámara en un rincón de la casa, apuntando al sillón preferido de su esposo. Lo demás era simple paciencia, ni siquiera suerte. Él estaba dormido; ella se levantó y revisó el celular, algunas conversaciones con tipas y una que otra foto de actrices porno desnudas. Lo normal en un hombre. Y más tratándose de Gabriel. Aparte de eso no había nada más. Muy probablemente borraba cualquier evidencia. Lily y siguió revisando por un buen rato hasta que una carpeta en particular llamó su atención, se encontraba en los archivos de música. El nombre del archivo era el apodo de su amigo y compañero de juergas: Cucui. Cuál fue su sorpresa al encontrar fotos y videos de su esposo vestido de mujer y recibiendo el miembro de Cucui. Eran en total quince videos y más de un centenar de fotos, ambas mostraban a un Gabriel que Lily no conocía y que si me hubieran preguntado si lo imaginaba mi respuesta hubiera sido rotunda: no. Una de las tantas fotos mostraba a Gabriel de frente vestido con ropa interior de encaje, misma que Lily reconoció como suya.

—No se lo deseo a nadie —dijo.

—Debe haber una explicación.

—No la hay, no una razonable.

—Lo siento —le dije—, tú sabías que te era infiel.

—Una cosa es competir con una mujer —dijo, por primera vez la veía destrozada—, otra muy diferente con un hombre.

Esa noche lloramos hasta el amanecer, ella por descubrir quién era su hasta entonces esposo y yo por no haber detenido a Emanuel.

El problema de Lily no tiene remedio. Entrada la madrugada con tres litros de lágrimas regadas en el suelo, siete tazas de café y dos botellas de tinto, decidió que en realidad lo que había hecho su esposo no era una infidelidad.

—Una infidelidad —dijo, tratando de convencerse a sí misma—, es si hubiera sido con una mujer. De seguro está confundido.

Sí, pensé, confundido a sus cuarenta y tres años. Además nadie se confunde por cien veces seguidas, que era en promedio el número de fotos y videos diferentes que alcancé a ver. Lily dijo que dejaría pasar un tiempo y que lo mejor era ir a la iglesia, que por ahí había escuchado que la homosexualidad era una enfermedad y tenía cura.

—¿A la iglesia? —le dije.

—Sí, sí, ya sabes, estar bien con Dios, rezar y esas cosas.

Vaya estupidez, pensé apenas la despedí y cerré la puerta. En fin. Por mi parte estuve todo el día acostada. Hablé con Esteban por teléfono, le pregunté su conocía a Emanuel, dijo que no lo recordaba, pero que haría memoria. Hablar mi hijo me reconfortó, el saber que por lo menos mi hijo era feliz hizo que el corazón me bombeara más rápido. Por la tarde me puse a pensar en las palabras de Emanuel hasta que decidí ir a buscarlo. No ese día sino al siguiente. Llegué temprano, de cualquier manera me había dicho que vivía en el estudio. Tuve mala suerte, estaba cerrado. Pregunté en el café.

—Usted de nuevo —me dijo la encargada, con su cara de hastío—. Usted de nuevo preguntando por el chico, ya le dije que...

—Emanuel. Busco a Emanuel.

—¿Emanuel?

—Sí, Emanuel, tango, alto, cicatriz.

—Ah, el joven con pinta de italiano que da clases de tango, sabe he tenido ganas de...

—Sí, ese.

—No lo he visto.

—Vive.

—Sí, vive arriba, yo misma le he cobrado la renta.

—No lo ha...

—¿Visto? No. Sabe, él saca su basura los jueves y hoy no lo ha hecho. Ahora que lo pienso es extraño, porque tampoco lo he visto pasar.

Jueves, pensé. Los jueves eran días de clase. Seguro lo encontraría en la tarde. ¿Qué le diría? ¿Debería echarme a sus brazos y decirle que sí, que sí quería dormir con él?

—Gracias —dije.

Esa tarde regresé temprano, el lugar seguía cerrado. Tampoco había movimiento dentro. Esperé hasta que se dieron las 10 de la noche. Sus alumnas tampoco llegaron. No quedaba de otra, tendría que llamarle a Diana. Aunque dudé un poco terminé haciéndolo, al siguiente día.

—Sí, madre —escuché detrás del auricular.

Por un momento pensé que no era buena idea llamarle, ¿por qué su madre tendría interés en su novio?

—Mamá, ¿eres tú? —dijo al no escuchar respuesta.

—Sí, hace un clima muy desagradable, no crees.

Me sentí estúpida.

—Mamá por Dios. No es un buen día —su voz se notaba cansada, como si hubiera estado llorando.

—Has estado llorando.

—Emanuel.

Sentí un nudo en la garganta y una opresión en el pecho.

—¿Qué hay con —pregunté con miedo— Emanuel?

—Es un imbécil, ha venido la otra noche y me ha mandado por un tubo. Estaba borracho, dijo que no quería dañarme, y todas esas estupideces.

—¿Dijo algo más?

—Lo confronté, mamá, lo confronté hasta que lo aceptó. Está enamorado de otra.

—¿De otra? —mi corazón estaba a punto de explotar.

—Sí, dijo que era algo imposible, que, que...

—¿Dijo quién era?

—No, pero la odio. Venía tomado, mamá, venía de verla.

Sentí alegría.

—Todo pasa por algo —dije y colgué.

Regresé por cuatro días más al estudio. Llegaba y lo esperaba por dos o tres horas, con la esperanza de simplemente hablar con él y preguntarle de manera directa por quién había dejado a mi hija. Muy en el fondo esperaba recibir un por ti. En el transcurso de esos días hablé con Diana dos o tres veces más. Me dijo que lo de Emanuel estaba a punto de superarlo, que al parecer era sólo un berrinche. Eso me tenía más tranquila. Los jóvenes tienen esa cualidad: superar rupturas en un dos por tres. Eso sucede, lo he pensado, porque sus relaciones no son tan duraderas y no logran crear lazos afectivos. Aunque mi teoría puede ser errónea, puesto que mi juventud se fue en un matrimonio, del cual no me arrepiento, es verdad, pero sí reprocho el no haber vivido más tiempo mi libertad.

Al quinto día di con Emanuel. Estaba en un estado deplorable. Lo intercepté justo cuando estaba a punto de abrir la puerta del estudio. Traía la barba crecida y aunque se veía un poco más viejo y descuidado no se veía mal, su cabello estaba enmarañado y por lo que se notaba a simple vista su camisa era la misma desde hacía varios días. Su olor, bueno su olor era una mezcla de vómito, alcohol barato, sudor y comida mal digerida.

—Vienes a burlarte —dijo, viéndome de reojo.

—Vengo por ti.

—Por mí, patrañas —hizo un gesto de desagrado. Su cara estaba sucia como si hubiera dormido en el suelo.

—Te he buscado por días. Hablé con Diana.

—¿Diana, eh?, pensé que me buscabas por ti.

—¿Dónde estabas?

—Aquí, dentro.

—Vine varias veces.

—Te vi cada uno de los días que venías a través del ventanal. Pensé que te darías por vencida, vaya, eres una mujer perseverante. Mientras más esperabas más vergüenza sentía. Pensaba no abrir jamás, en verdad que lo

pensaba, no sé, quizás dejarme morir ahí dentro. Pero ya ves, las provisiones se me agotaron y, digo, este lugar no se pagará solo. Espero y no haya perdido clientas, lugares donde uno pueda aprender a bailar abundan.

Comprendí que el tema de Diana no debía ser tocado, no tenía caso. Abrió la puerta y aunque no me invitó a pasar lo hice. Un olor a polvo golpeó mi nariz. Es impresionante como las casas o lugares donde uno habita lo absorben. Apenas hacía unos días ese lugar lo único que expedía era fuerza y pasión. Estando adentro puso las bolsas sobre la barra.

—No iba a funcionar.

—Eh.

—Lo mío con Diana, no iba a funcionar, no había —empezó a mover las manos—, cómo decirlo, química.

Tomó un vaso que estaba sobre la barra, tenía un líquido ámbar por lo que supuse era whisky, le dio un trago.

—Ella es muy chica.

—Lo es sí, sin embargo, la cuestión química no sabe de edades, lo mío, lo de ella, simplemente estaba destinado al fracaso.

—Lo siento.

—Por cierto, fui un imbécil, por lo de la otra noche.

—Dijiste algo de...

—Olvidémoslo, por favor. Ahora ya lo sabes, soy un pobre Diablo que vive en un local, le llamo estudio cuando en realidad es un simple local, y da clases de tango para pagar sus gastos. Ah, y tiene que ceder a los caprichos de sus estudiantes para que no dejen de pagar. Por cierto, si pusiste atención esos de ahí no son espejos, sino un tapiz que simula ser un espejo, simula, bah, como todo en mi vida.

—Eres un imbécil

—Lo soy, sí, lo soy, lo soy por pensar que tú y yo...

—No, eres un imbécil porque cuando te vi bailar lo único que aprecié en ti fue a alguien que ama el tango, alguien que deja el alma en la pista. Sí, tal vez no seas el mejor del mundo, pero sí alguien a quien yo tomaría como maestro. Mi maestro, que tienes que ceder a ciertos caprichos, gran cosa, ¿no han vendido los mejores pintores su arte? Haces lo que amas y sabes qué, el tango también te ama. ¿Recuerdas el primer día que bailamos? Lo único que hice fue seguirte y creo que no lo hicimos mal. Así que sí, eres un imbécil por querer dejar de lado lo que te gusta. Eres un imbécil, sí, por convertirte en un mamarracho. Eres un imbécil, sí, por hacerme sentir lástima. Y, por último,

eres un imbécil, sí, por no darte cuenta que moría de ganas de pedirte que te quedaras la otra noche.

Volteó a verme, fue como si mis palabras hubieran hecho algo en su interior. Aquella fuerza que le vi cuando lo conocí había regresado, llevó el vaso a los labios. No bebió. Puso el vaso sobre la barra.

—Te veo el miércoles, a las ocho —dijo—. Ahora ocupo un tiempo a solas.

—Las clases son...

—Miércoles a las ocho.

No podía faltar. Tenía semanas esperando ese momento. Algo que empezó por un panecillo de avena se había convertido en un probable encuentro donde el sexo sería la cúspide. Porque sí, en el fondo sabía que si iba al estudio terminaríamos dejándonos llevar por nuestros instintos. ¿Estaría a su altura? Era obvio que Emanuel era en un hombre que había estado con muchas mujeres, por el contrario, mi experiencia se resumía a menos de los dedos de la palma de mi mano y como dije antes con ninguno había encontrado el orgasmo. Busqué en la red atuendos de Tango. Me sorprendí. Vaya que son sexis. Vestidos entallados, medias de encaje, seda o con figurillas. Zapatillas de punta, pelo recogido y labios rojos, en tanto el hombre es una mezcla de dandy y pimp. El sólo pensar en ver así a Emanuel me puso la piel de gallina. En caso de pasar algo, ¿cómo le diría a Diana? No era tiempo para pensar ese tipo de cosas. Me puse un vestido verde oscuro, de seda, con la espalda descubierta, unas medias de rombos a mitad de la pierna sostenidas por un ligero. No me puse bragas, pensé que el que se notara el borde le quitaría magia del vestido. Use un lipstick morado y el cabello recogido con una coleta. También me rasuré la zona sur. Hacía mucho que no lo hacía. Cuando me vi al espejo no me desagradé en lo más mínimo.

Llegué a las siete. La puerta estaba abierta. Adentro había un aire de misterio. Esta vez no me tomó de la cintura por la espalda, Emanuel estaba justo enfrente, en medio de estudio. La noche había caído por lo que la ciudad se veía a través del ventanal, que tenía la cortina corrida. Caminé hacia él, no era necesario que me lo pidiera; lo hubiera hecho de rodillas de ser necesario. Cuando estuve frente a él pude sentir su aroma. Llevan una loción más bien fuerte, el cabello engominado y un pantalón negro con camisa color vino. Parecía un dandy, era un dandy. Me tomó de la cintura y como si todo estuviera planeado empezó la música: *Libertango*.

—Para ti —dijo susurrándome al oído.

Sentí que un choque eléctrico me recorría la espalda y se introducía en mi

estómago.

—Para ti —le dije al oído, y besé detrás de su oreja.

—Para ambos —dijo rosando sus labios contra los míos.

Empezamos a movernos. Aunque era la segunda vez que bailábamos y antes de eso mi conocimiento del tango era sólo saber que lo bailaban los argentinos, creo que no lo hicimos mal. Me dejé llevar. Me sentía dentro de un sueño donde Emanuel era el titiritero y yo un simple títere. El corazón estaba a punto de explotarme. recorrimos cada rincón de la pista y él recorrió parte de mi espalda con sus dedos. Al terminar la pieza no aguanté más: lo besé. Sus labios eran un trozo de hielo que me quemaba. Su lengua era de fuego. No hice otra cosa sino derretirme. Él me cargó un poco levantando mis piernas y apretándome de las nalgas. Caminó conmigo encima hasta que me puso sobre su sofá cama extendido. Al llegar no me había percatado que Emanuel tenía todo preparado. Me recostó sobre la cama y me besó por encima de la ropa. Besó cada centímetro y a cada centímetro le puso el mismo entusiasmo. Es como si quisiera alabar cada parte de mi cuerpo. Luego abrió mis piernas sin quitarme la vista de encima, y metió su cara debajo del vestido. Empezó a pasar su lengua por mi vulva dando pequeños círculos y serpenteos. Luego, en lugar de meter la lengua dentro, como lo hacía Luis, subió hasta encontrar el clítoris. La primera vez que tocó mi chinchilla sentí que había recibido una descarga. Estuvo jugando un rato debajo de mi vestido, se tomó su tiempo para conocerme y yo me tome el mío para disfrutar lo terso de su lengua. Si dentro de mi boca era un látigo de fuego abajo era un pedazo de cielo. Sentía que la cara me ardía. Sacó su cara de debajo del vestido y se quitó la camisa. Tenía el pecho limpio a excepción de una línea de pelo en el centro. Se notaba que hacía un poco de ejercicio. Ciertamente no tenía músculos marcados pero su piel se notaba firme. Se inclinó un poco y le rasgué el pecho y la espalda, luego, con suavidad, le mordí los pezones y el cuello. Levantó un poco mi vestido y pasó su verga por mi vulva. Aunque yo estaba demasiado mojada no me penetró. Se dedicó a frotar su verga contra mi vulva y clítoris. Luego de un rato hizo que me hincara y se la chupara. El gemía y yo disfrutaba de aquel sabor. Ninguno de los dos estábamos fingiendo. Lo tiré boca arriba. Me monté encima y me moví aceleradamente, hasta que por primera vez tuve un orgasmo. Tuve varios espasmos y una descarga que me hizo tumbar el cuerpo sobre él. Nos besamos mientras mi respiración se normalizaba. Esperó un poco y luego me quitó de encima. ¿Pasaba algo? ¿Había hecho algo mal? No. Él no había terminado. Se puso de pie, delante de mí. De nuevo hizo que se la chupara. Su

verga se veía aún más grande que al principio, además que seguía dura como un tronco. Me sentí como una zorra y no me arrepiento. Aquel placer era nuevo para mí. Lo único que había hecho era dejarme llevar. Con un movimiento me puso en cuatro, agachó mi cabeza lo más que pudo y pasó su lengua alrededor de mi ano. Aunque nunca lo había hecho de esa manera sabía lo que se venía. Sentí miedo, pero no tenía ganas de parar. Estuve a punto de decirle que no se acercara tanto, no me hubiera gustado que se encontrara con una mala sorpresa, yo misma podría tomar con mis dedos un poco del jugo que había soltado para lubricar. No alcancé a hacerlo. Él se entretenía empujando su lengua contra mi ano. Sólo me dejé llevar. Hubo una pausa y luego entró en mí. Al principio lo hizo despacio hasta que, con dificultad, entró su cabeza; luego sólo dio una estocada como si estuviera a punto de concluir la faena. Me hizo soltar un grito.

—Agg.

—Shhh. ¿Paro?

—Jamás —dije y dejé caer mi pecho contra el colchón.

Se movía despacio y luego aceleraba el paso. Sentí un cosquilleo de nuevo. El corazón bombeaba sangre tan rápido que por un momento pensé que se me podía salir. ¿Cómo había dejado pasar tantos años sin experimentar?

—Tócate.

Estiré mis manos hacia el frente.

—Tócate —dijo como si fuera una orden. No: era una orden.

Empecé a tocar mis pechos, tenía la cara pegada al colchón.

—No —dijo de nuevo—, tócate.

Bajé mi mano y toqué mi clítoris. Apreté tanto que pensé que le había partido el miembro. No fue así. Mi chinchilla aún estaba sensible, y dura. Empecé a masajearme hasta que terminé de nuevo. Emanuel hizo lo propio, mientras soltaba sus chorros clavó sus manos en mis nalgas. Cuando escurrió la última gota se dejó caer encima de mí, y me besó la espalda, luego se quitó y descansamos boca arriba. Voltee a verle la verga con temor de que hubiera pasado un accidente. No fue así.

A partir de ese día nos veíamos tres o cuatro veces por semana. Siempre terminábamos de la misma manera: en la cama. Así pasaron dos meses. Dos meses donde aprendí algunos tangos y pasos. A la segunda semana, además de haber practicado diferentes posiciones (tanto en la cama como en la pista) también aprendí lo que era una barrida, un cabeceo, un enganche, ochos (largos y cortos) y un lápiz, entre otros pasos. Platicamos de todo, no sólo de tango: pintura, música en general, cine y hasta de fusilerías como que a Emanuel le daban miedo las cucarachas, encontrarse con una, era, según me dijo, un martirio. Reímos como locos. Por un instante pensé que la felicidad no era pasajera y que se había estacionado en mi vida.

Emanuel fue la primera persona a la que le conté que le tengo miedo a las abejas porque una me pica en una pompa cuando era niña y que, a veces, en las madrugadas me gusta salir al patio sólo para escuchar los sonidos de la noche.

—Puede ser peligroso —dijo en esa ocasión.

—Jamás me ha sucedido algo, es un vecindario seguro.

—Me refiero a la picadura, podría infectarse, debo chupar el veneno — dijo y me bajó los pantalones para poner sus labios en mis nalgas.

Así nuestros días, entre juegos, bobadas, cursilerías, vino, tango y sexo.

Él me contó que arrastraba un poco la erre al hablar y que gustaba de comer las uñas de los pies.

—Eso sí puede ser peligroso —le dije.

—Deberías chupar el veneno.

—No creo que cortar las uñas tenga... —apenas había dicho eso y ya tenía su verga golpeando mis labios.

—Mi veneno —dijo.

Lo que no me contó fue qué a se refería con aquellas palabras que mencionó cuando fue a casa: su condición. De hecho, cada que tomaba el tema le sacaba la vuelta. A Emanuel lo podía ver a la hora y día que quisiera excepto los sábados por la mañana. Ese día cuando lo veía por las tardes no

hacíamos el amor. Era raro, pero Emanuel se notaba cansado, como si hubiera gastado todas las energías. De hecho, lo llegué a increpar por eso. De cierta manera, sentía que entre nosotros había una obligación de contárnoslo todo y de sobre todo, tenernos respeto.

—¿No es extraño? —le dije un domingo, acabábamos de bailar y estábamos recostados en el piso.

—Lo es.

—Me refiero a que apenas ayer, estabas totalmente agotado. Y hoy, hoy es como si nada hubiera pasado.

—No hagas preguntas.

—No las hago, sólo quiero comprender.

—Pregunta si así lo deseas; respondo si así lo deseo.

—No deseo increparte.

—Lo estás haciendo en este momento.

—Te molesta.

—En lo absoluto, es sólo que, Helena, quizás lo que escuches no sea lo que quieres escuchar.

—Está bien, soy una mujer madura. ¿Qué haces los sábados?, ¿por qué siempre estás cansado ese día?

—Bien, tú piensas que...

—No, yo no puedo pensar.

—No te es prohibido.

—Pienso que ves a más mujeres, no sé, a alguna de tus alumnas.

Sonrió.

—Sí así fuera, ¿cuál crees que sería?

—Ruth, quizás, no es fea, aunque no es tu tipo.

—¿Ruth?, Vamos, ¿te has dado cuenta de sus piernas? Parecen dos trozos de jamón de pavo, además si te fijas bien —se acercó a mi oído—, creo que no se rasura las axilas —reímos un poco.

—Dulce, entonces, es joven, bonita, sus piernas son alargadas y su cabello lacio, tiene buen porte y es agradable.

—Y tiene el intelecto del pato Donald.

—Cla...

—Trabajo. No puedo mantener este lugar, tampoco puedo mantener ciertos gastos así que trabajo. ¿En qué?, es cosa mía. Es lamentable para mí, tenerte en este lugar, ni siquiera puedo pagar algo decente.

Me besó. No era mi motivación incomodarlo. Tampoco deseaba que se

sintiera mal. No volví a tocar el tema por un tiempo.

En esas fechas hablé con Diana. Me dijo que estaba planeando un viaje a Italia, que sería lo mejor para ella. También me preguntó si seguía yendo a clases de tango. No, fue mi respuesta.

—Bien —dijo ella.

—¿Cuándo te vas? Primero tu hermano y ahora tú.

—Mañana a primera hora —dijo.

Por una parte sentía que me estaba quedando sola pero por otra parte una vez que Diana se fuera Emanuel quizás podría mudarse conmigo, pensé. Esa tarde fui a verlo. ¿Debía darle la noticia? Lo mejor era no tocar el tema. ¿Cuándo debía proponerle mudarse conmigo? Llegué al estudio. Como siempre la puerta estaba abierta. Emanuel estaba sudado, con el torso descubierto. Me acerqué y pasé mi lengua por él.

—Estuve bailando toda la tarde —dijo—. Siento como si hubiera vuelto a nacer.

—Debo decirte...

—Shhh.

Me puso el dedo en la boca y me obligó a ponerme de rodillas. Nos besamos.

—Putá —escuché la voz de Diana.

Intenté llamarle a Diana, pero no contestó. Lo hice los primeros cuatro días, luego pensé en dejar pasar el tiempo. El tiempo cura todo, me dije. Después de mucho insistirle Emanuel se mudó a vivir conmigo, pero sólo los días que no daba clases. Así lo acordamos.

—¿Cómo podré pagarte?

—Bastante has hecho con hacerme sentir viva de nuevo.

—Eso es sencillo, teniéndome a su lado cualquiera se siente viva.

—Lo es, para ti. Pero ya que lo dices, podrías hacer de cenar, pasta, carnes, darme masaje, llevarme a donde lo ocupo...

—Y amarte.

—Eh.

—Y amarte.

—Eso es sencillo, teniéndome a su lado cualquiera me ama.

Reímos como locos. La culpa que sentía se veía aminorada cada que hacía el amor con Emanuel. Los sábados seguía desapareciendo para trabajar a pesar de que le había puesto una tarjeta con algo de efectivo a su disposición.

—¿Y esto?

—Es por si se ocupa algo en casa —le dije, y era verdad.

—Nunca se ocupa.

—La pondremos aquí —le dije y dejé la tarjeta encima del buró—. Si ocupamos algo, y hace falta efectivo no dudes en usarla.

—¿Y si me da por estafarte y sacar todo el efectivo?

—Tendrías que ser un experto en informática, la tarjeta tiene un límite, como dije, es para los gastos de la casa.

—No puedo.

No le insistí. Emanuel era un hombre con principios muy altos y sabía que no aceptaría algo así. De igual manera me sentía en deuda con él por hacerme feliz. Tenía un reloj que Luis había dejado para Esteban y éste no

había querido utilizar, “tíralo, me trae malos recuerdos”, había dicho cuando se lo ofrecí. Ahora tenía la oportunidad de darle uso. Se lo regalé a Emanuel. Contrario a lo que pensé el reloj sí lo aceptó. Obvio jamás supo que era de mi ex esposo.

Un buen día llegó rapado. Sí, sin siquiera avisar.

—Ey ey ey —dijo y jugueteó frotando la cabeza contra mí.

Yo estaba cocinando y no atiné a decir otra cosa que:

—Te ves bien.

—Chica —dijo—, yo siempre me veo bien.

No sé, por un instante pensé que estaba fingiendo. Más que fingiendo estaba tratando de ocultar algo. No quise cuestionar, habíamos pasado por varios episodios amargos cuando trataba de sacarle alguna información como para iniciar uno nuevo a causa de un corte de cabello. Era eso y que en realidad sí se veía bien.

Un par de días después de que sucedió esto, y que yo lo había tomado a la ligera supe el motivo. El por qué me lo dio una carta de Diana. Había llegado por la mañana y la guardé para leerla a solas: Emanuel me había avisado que dormiría en el estudio. Así lo hice, me recosté en la cama, con una copa de vino y un ligero temor por leer lo que mi hija tenía que reprocharme.

Querida madre espero estés disfrutando tu vida y todo vaya bien contigo. He llegado a Italia, a casa de los padres de Luisa, hace unos días y hasta hoy me atrevo a enviarte esta carta. ¿Por qué una carta y no un mnsj, videollamada o un Whatsapp? Bien, la verdad no estaba nada contenta con lo que pasó. Sí, sé que no fue tu culpa, ni de él: el amor no es culpa de nadie. Simplemente se presenta como un rayo que traspasa todo el cuerpo; un choque eléctrico. Es todo. Decía, no estaba nada contenta con lo sucedido y aún no lo estoy, sin embargo, hasta hoy me atrevo a escribirte. Y lo hago con la certeza de que cuando tengas esta carta en tus manos, una o dos meses después de escribirla (le he puesto un recado para que sea enviada en una fecha en específico, teniendo en cuenta, además, que el correo de Europa a América tarda dos semanas como mínimo), calculo, el dolor ya se habrá ido, sino por completo sí

en su mayoría. Así, cuando reciba tu llamada sabré que en mi corazón ya no hay tanto recelo. El tiempo aquí en Italia es bastante bueno y sin duda es un buen lugar para visitar y vivir. Las personas son amables en Europa, aunque eso no es extraño para ti, pues en el ático de la casa hay un álbum de fotos donde tú y papá se ven felices en alguna calle de España, sé que es España porque al fondo se observa *El Arco del triunfo*. Jamás tuve el valor de preguntarte qué hacían esas fotos empolvándose en el ático. Ahora lo más que me queda es visitar los lugares donde se ven ustedes tan bien que si alguien me lo preguntara sin dudar diría que mi padre fue tu único y gran amor. En fin, que ilusa. Debí sospechar desde que insistió en ir a casa, mucho más cuando te invitó a ser su aprendiz. ¿Su aprendiz? Demonios mamá, casi le doblas la edad. Las señales estaban ahí, cómo no pude verlas. Por cierto, no queda sino confesarme. Inicié esta carta con “Querida madre”, y si hubieras visto mi expresión al escribirla te hubieras dado cuenta que era ironía pura. Pero eso ya es otra cosa, somos familia y sé que tarde o temprano te perdonaré, eres mi madre y hay un lazo más fuerte entre nosotros que lo que pueda significar Emanuel. Lo que más me duele es que no me dijeras, de él lo entiendo, él tiene que disfrutar de la vida lo más que pueda, y además lo acepto; pero de ti, tan fácil que me hubieras dicho que te estabas acostando con él. Porque amor, amor no creo que le tengas. Si acaso es deseo. Por eso a veces me pregunto si en verdad no pudiste escoger a otro hombre. En fin, también dudo de todos esos aires de pureza que te dabas, discúlpame la palabra, pero ahora que lo pienso bien, eres como una putilla. Y sí, lo digo para ofender, tal y como tú me ofendiste al quitarme a Emanuel, pero no importa, la vida se encargará de quitártelo y esta vez será para siempre. No pretendo extenderme madre, pues sé que al final terminaré abrazándote cuando nos veamos. Espero tu llamada al leer esta carta, que, como dije, será una o dos semanas después de haberla enviado y en total serán de dos a tres meses después de haberla escrito. Seguramente para esa fecha ya no tendré resentimiento, ahora lo tengo y es por eso que debo buscar hacerte daño, en esta carta te he preparado el camino, dos veces, ya será tu trabajo encontrarlas, igual aquí va una vez más y en esta ocasión será contundente: de cierta manera me alegro que hayas alejado a Emanuel de mí, de haber estado más tiempo con él, más difícil hubiera sido separarme de él al momento de su partida. ¿Y bien?, ¿lo has adivinado? Pues te lo digo MADRE, Emanuel está condenado a morir, ¿en cuánto tiempo?, ni él lo sabe, el CÁNCER puede ser muy traicionero. Hace cuatro meses, cuando volví a verlo después de muchos años de no hacerlo, comenzamos a salir.

¿Hicimos el amor? Sí, la respuesta es sí y sí, es muy probable que nos haya comparado. En fin, tal parece que se enfadó de mí. Y fue cuando me dijo que estaba enfermo, obvio le reclamé, pensé que lo decía para alejarme, no dudo que de cierta manera esto tenga algo de cierto. Lo acompañé al médico, vi las radiografías, fui a la quimio. De dos a seis, quizás ocho meses, fue el tiempo que le dieron. Vaya, ¿te sorprende o quizás ya te lo dijo? Luego él desapareció y vaya sorpresa volvió a aparecer sólo para insistir que lo llevara a casa. Dudé en reavivar lo que en poco tiempo sentí por él, sin embargo, me dejé llevar. Y ve a dónde fue a parar todo esto. En fin, ese día que fuimos a casa, y pidió permiso para ir al baño, ¿recuerdas? Emanuel se escabulló y adivina dónde hicimos el amor, sí, en tu cama. Me la metió con fuerza y se limpió la verga en una fotografía tuya. No me pareció extraño hasta que supe lo de ustedes. Ah, ¿te parece extraño que tu princesita utilice esas palabras? De tal palo tal astilla, MADRE. Ese fue el último día que me acosté con él, en tu casa, en tu recámara, en tu cama. Y tú madre, ¿cuándo será la última vez que te acuestes con él? Espero tu llamada.

Tomé el teléfono, pero no tuve fuerzas para llamarle. A un lado estaba la fotografía que Diana mencionaba en la carta, a pesar de los meses aún tenía una mancha de semen en ella, la lamí con fuerza mientras lloraba.

Cuando llegué al estudio Emanuel estaba tosiendo. Tenía un pañuelo con el que cubría su boca. Lo observé, él me observó por el reflejo de uno de los espejos.

—Hoy me quedaré acá —dijo—, necesito tiempo a solas.

Caminé hasta quedar de frente a él. Escondió el pañuelo. Me sonrió. Su cara se notaba huesuda. Es extraño cómo puede cambiar una persona cuando descubres algo sobre ella.

—Lo sabes, ¿cierto?

—Lo sé, lo supe ayer, por la noche.

—Ayer por la noche —repitió.

—Debiste decírmelo.

—¿Decírtelo? ¿Para qué? ¿Para causar lástima?

—¿Qué tan avanzada está?

—¿Cómo te enteraste? Fue Diana, ¿cierto? Lo sabía, sabía que tarde o temprano trataría de cobrar venganza por lo que vio. A pesar de ello no la culpo. Yo hubiera soltado la bomba en ese mismo instante. Desde ese día, sabes, he estado más enfermo de incertidumbre que de otra cosa.

Tosió. Esta vez no pudo ponerse el pañuelo en la boca, algo de sangre cayó al suelo. Traté de acercarme, me detuvo con la mano.

—¿Qué tan avanzado está?

—Me veo bien con la calva, ¿no? Tú misma lo dijiste. Por eso me ausentaba los sábados, quimio, es doloroso. Me debilita, me quita el pelo, me hace flaco. Está avanzado, sí, avanzado.

—Pero no hay...

—¿Cura?

—Sí, cura.

—No lo creo, tratamiento lo hay, lo había, la quimioterapia es cara, y con dos clases a la semana no alcanza bfff. Tenía un buen trabajo, sabes, me corrieron por mi condición. Demandé, mis últimos ahorros se fueron en ello.

¿Y qué gané? Ni un peso, nada de nada. Por eso estoy como estoy, cada que he ido a buscar trabajo me rechazan, es una estupidez pedir un examen médico para entrar a trabajar, los convalecientes también tenemos derechos. Ahora ya lo sabes, te has estado acostando con un muerto.

—Dijiste que hay tratamiento.

—Déjame solo.

Se me quedó viendo, en su mirada encontré algo de rencor. Volvió a toser.

—¿Estas bien?

—Déjame solo.

—Pero hay... tú lo dijiste...

—No puedo pagarlo. Vive, Helena, vive y déjame morir tranquilo.

—No puedo, yo...

—Lárgate.

Di media vuelta, lo mejor sería dejarlo solo. Salí del estudio y terminé la frase: yo... te amo.

Como era de esperarse desde ese día no regresó a casa. Tampoco respondió a mis llamadas. Por mi parte, temía que uno de esos días llegara al estudio y lo encontrara muerto. Fue un martes cuando tocó a mi puerta. Era tarde. Los huesos de los pómulos estaban marcados. Como recibía la luz de entrada en el rostro, me pareció ver una calaca.

—Te esperaba —le dije.

—Sólo vine a esto —dijo con su voz ya cansada. Estiró la mano y me devolvió el reloj que le había regalado.

—Tómalo, es tuyo —le dije y no lo acepté, lo puse en su mano y cerré su puño para que lo conservara.

Cuando dije que lo esperaba en realidad hablaba en serio. Por días había esperado ese momento, no tanto para volver a hacer el amor sino para verlo, verlo, saber que estaba bien, dentro de lo que cabía, y sobre todo ayudarlo.

—No te lo dije, porque eres importante para mí, no quise verte sufrir, como lo haces ahora.

Lo invité a pasar y nos sentamos en el sillón.

—¿Qué pensabas hacer?

—Todo iba bien, hasta que apareciste.

No era posible. Ahí estaba Emanuel echándome la culpa. ¡Qué estúpida fui! Pensé en decirle que se largara.

—No, no te sientas mal. No es un reclamo, pero creo que es momento decirte la verdad.

—Eso espero.

—Hace dos años mi vida era normal. Tenía un departamento, un trabajo, una novia y por qué no decirlo, una amante. Hace dos años también mi vida cambió, me detectaron cáncer. En el trabajo se enteraron y me corrieron: Es demasiado riesgo trabajar con una persona que estará ausente mientras toma su tratamiento, “además nuestro seguro de gastos médicos no puede cubrir cosas así”, dijeron. Mi vida cambió después de ello. Desde ese tiempo en adelante

he buscado trabajo incansablemente, pero todas las puertas se me han cerrado. Como si fuera un leproso. ¿Sabes lo que es ser rechazado por estar condenado? Luego conseguí este lugar, el dueño me cobra una pensión módica porque fue amigo de mis padres, quienes ya fallecieron y yo, pues aproveché para dar clases de tango. Cada semana tengo que ir a quimioterapia, tenía que ir, ya no lo hago: esas terapias son caras y tengo que pagarlas con dinero propio.

—Pero...

—¿Cómo podía pagarlas? Me acostaba con las clientas. Ahora lo sabes y puedes odiarme por ello. No lo hacía por amor, ni siquiera pro deseo sino por conseguir un tiempo más de vida. Pero luego apareciste tú y todo cambió, ese día que pisaste por primera vez el estudio decidí que no podía estar con nadie más que no fueras tú, te amo Helena, ya debes saberlo. No pude pagar más el tratamiento y mi destino, mi destino ya lo sabes.

De cierta manera me sentí culpable. Si no hubiera sido por mi insistencia Emanuel seguiría recuperándose.

—Espera —le dije.

Cuando regresé lo vi a los ojos. Él seguía sentado en el sillón. Estiré la mano y le ofrecí la misma tarjeta que le había ofrecido antes pero que no había aceptado.

—No puedo.

—Claro que puedes —le dije—. No tiene límite, utilízala cuando y como quieras, para tu tratamiento.

—Es esto una limosna.

—No, no lo es, míralo como un préstamo. Apenas te cures, empezarás a pagarme. Ya tendremos mucho tiempo juntos, ¿cierto?

Emanuel me ofreció una sonrisa.

—No pienso dejarte ir.

Nos besamos. Se separó de mí bruscamente.

—¿Y si no me curo?

—Lo harás.

—No debería aceptarla.

—Lo que no deberías es dejarte morir —le dije.

Esa tarde, Emanuel se quedó en casa. A la mañana siguiente se levantó temprano y fue a realizarse el tratamiento. Esa misma mañana también. Hablé con Diana. Estaba tranquila, yo también lo estaba. No mencionamos ni una vez el nombre de Emanuel.

Fueron siete semanas de amor antes del desastre. Durante ese tiempo semanas nos dedicamos a amarnos en todas las formas posibles. Emanuel gustaba de tomarme por las madrugadas. Varias veces lo sentí entrar dentro de mí mientras dormía; mientras él pensaba que yo dormía. En esas ocasiones sólo me penetraba y se quedaba pegado a mí, sin moverse, hasta que sentía un chorro caliente dentro.

Fue un jueves el que jamás podré borrar de mi cabeza. Por lo que significó. Recibí su llamada a eso de las diez de la mañana. Había ido comprar unas botellas de vino y algo de carnes frías, queso y pan. Mi idea era encender la chimenea beber algo de vino, comer las carnes, y pasar la noche viendo películas.

—Diga —le respondí la llamada, obvio sabía que era él—. ¿Con quién desea hablar noble caballero?

—Con esos ojos que queman —dijo.

—Ellos le miran.

—Te veo a las once, en el estudio.

—Podrías... bueno... —colgó.

¿A las once?, pensé, era demasiado tarde. ¿Y mis planes? Mi corazón empezó a desesperarse. No me hubiera citado tan tarde sino hubiera sido algo importante.

Llegué, como dijo, a las once en punto. Llevaba dos botellas de vino, el queso, la carne y el pan los dejé en casa. Las luces estaban apagadas. Entré. De pronto oí la voz de Emanuel.

—No te muevas —dijo.

Le hice caso. Una luz alumbró un poco el lugar, Emanuel había encendido una vela. Mis ojos se acostumbraron a la poca luz, aunque no podía ver bien. Emanuel sostenía la vela cerca del rostro.

—El tango —dijo—, es un lenguaje, hoy vamos a hablarlo. ¿Sabes de qué es ese lenguaje? —cuando estuve a punto de decir no me contuvo—. Shhh.

Hoy no se habla con los labios.

Puso la vela en el suelo y desapareció de mi vista hasta que encendió otra vela.

—Hoy hablaremos con el cuerpo.

Caminó de nuevo hasta encender unas quince velas que formaban un círculo. Emanuel estaba desnudo. Caminó hacia el ventanal y abrió la cortina. Una luz azulada entró para iluminar su cuerpo. Se puso dentro del círculo y me extendió la mano. Puse las botellas en el suelo y caminé hasta quedar de frente a él. Puso su palma en mi pecho y bajó los tirantes de mi vestido. Ayudé arrojándolo lejos. Quedé desnuda al igual que él. Encendió la música. Arrojó el control. Ahí estábamos Emanuel y yo bañados por la luz azul de la noche y rodeados por el fuego de las velas como si fuese un ritual. Sonó *Por una cabeza* de Gardel y como siempre, nos dejamos llevar. En un arrastre, tumbamos una de las velas. No nos detuvimos en nuestro andar, estábamos demasiado preocupados porque nuestros cuerpos hablaran. Emanuel tenía razón, el tango es un lenguaje por sí mismo. No supe cómo sucedió, pero la vela alcanzó una de mis prendas y esta, al soltar humo, activo los dispersores. De pronto estábamos bailando bajo una falsa lluvia, desnudos, a la luz de la noche. No pudimos contenernos. Hicimos el amor como dos animales. Yo empecé a chupársela, con la lengua bajaba por el tronco hasta debajo de sus testículos y ahí me quedaba un rato. Luego él hizo lo propio, su lengua era una serpiente que trataba de esconderse en mi entrepierna. Cuando estuvo dentro de mí no hice sino venirme a chorros. Él se dio cuenta y se tragó mis jugos, hice lo mismo con los suyos. Normalmente al terminar hubiéramos permanecido un rato tumbados boca arriba, yo recargada sobre su pecho; él rodeándome la cabeza con su brazo. Sin embargo, esa vez lo único que se me ocurrió fue montarme de nuevo sobre él de nuevo, rodamos por todo el piso, los dispersores seguían funcionando y la luna como si quisiera observarnos incrementó la fuerza de su luz. Esa noche no hubo restricciones de ningún tipo. Hicimos cosas que nunca habíamos hecho. Los orgasmos fueron incontables. Era como estar en medio de un embrujo. No sé qué paso primero, dejar de hacer el amor o que los dispersores dejaran de funcionar. Tampoco sé cuándo nos quedamos dormidos. Por la mañana me desperté cuando el sol golpeó mi rostro. Estaba recostada sobre un charco de agua. Emanuel no estaba junto a mí. Me levanté cerré la cortina, me vestí. En la puerta estaba un sobre. Lo guardé en el bolso.

El sobre contenía una carta con una nota:

“Lo siento, no puedo arrastrarte”.

Apreté ese papel con todas mis fuerzas. Agaché la cabeza. De cierta manera, no merecía una despedida tan infantil. Así que ese día era su forma de decir adiós. No me sentía con el derecho de reclamar, sin embargo, en mi cabeza estaba la idea de que merecía algo mejor. Encontró a otra, me dije, fuiste una estúpida. Fueron días amargos donde si bien pude sobrellevarlos no tenía ganas de nada. De cierta manera intuía que esta vez todo estaba perdido.

Dos semanas después lo supe. Emanuel había muerto. A casa llegó un hombre vestido de negro con una urna con cenizas. Su figura era la misma que puede tener un encargado de una funeraria. Antes de eso había pensado en la muerte de Emanuel como un hecho, ni siquiera como una posibilidad porque sabía de su enfermedad, y, debo decir que cada que me imaginaba recibiendo la noticia me inundaba en llanto. No fue así. El recibir la noticia fue tan sencillo cómo pensar que Emanuel dejó de desaparecer.

—Helena Haro —dijo el tipo de la funeraria.

—Yo soy.

—Vengo de parte de...

—Lo sé...

—Debe firmar aquí —el hombre señaló la parte final de una hoja con el sello de una funeraria en la parte de arriba—, y aquí.

Firmé.

—Dijo que si aceptaba las cenizas debía darle esto —el hombre me entregó una carta.

—¿Y si no lo hacía?

—Entonces esta carta jamás existió.

Me entregó la urna, la carta y se marchó. No tenía caso cuestionarlo. El hombre era un simple trabajador. Abrí la carta.

No me extenderé Helena. El tratamiento no funcionó. Estoy

desahuciado, me han dado sólo unos días. Una semana a lo mucho. No quiero morir enfrente tuyo. No lo mereces. Recuérdame como alguien que te amó. Un sueño quizás. Si estas leyendo estas líneas es porque has aceptado mis cenizas. Por el amor que te tuve te pido que las esparzas en cualquier jardín mientras suena un buen Gardel. Te amo. Emanuel.

Lloré toda la tarde. Esa misma tarde, también, rocié las cenizas en una plaza pública. Llené los bolsillos de un abrigo con ellas y mientras caminaba y escuchaba *Sus ojos se cerraron* del buen Gardel iba arrojándolas al viento. No sé si alguien me vio, no me importa si lo hicieron. Solté un par de lágrimas al saber que el viento se estaba llevando a Emanuel, sin embargo, me sentí reconfortante al saber que se iba bailando hacia el cielo. Cuando dejé caer el último puño de ceniza me sentí bien. Como si algo hubiera despertado a una Helena que no conocía. Cuando llegué a casa me serví una copa de tinto y me metí al jacuzzi.

Comencé a ir al cine sola, tomé clases de salsa, y sí, por qué no decirlo, a veces iba a un bar y terminaba en la cama de algún desconocido. En esos días recibí una llamada de Lily. Tu esposo es un hijo de perra, le dije. Deberías dejarlo antes de que te interne en un manicomio, luego le colgué. Esteban andaba en Brasil, aún no pensaba en regresar. Le di la noticia de la muerte, dijo que lo sentía y que seguía sin recordarlo. También, hablaba con Diana una vez a la semana por chat o llamada. Por supuesto que le conté de Emanuel. Descanse en paz, fue lo único que dijo. Me sentía feliz, hasta que recibí la foto. Estaba hablando con Diana, por llamada.

—¿Es bonito Italia? —pregunté.

—Es preciosa.

—Tu padre y yo siempre quisimos.

—Deberías atreverte.

—¿Yo?

—No, mamá, el Papa.

—Diana...

—Sólo digo que... en fin.

—¿Has paseado en góndola en Venecia?

—Cada semana. Espera. ¿Tienes la lap top abierta?

—Justo estaba buscando algo, cuando me hablaste.

—Bien. Listo.

—¿Listo?

—Perdón, lo dije sin pensar o pensé sin decirlo. Te envié una foto mía en Venecia, está en tu correo en la bandeja de entrada.

—Sé lo que es correo, sé lo que es bandeja de entrada, tampoco estoy tan obsoleto.

Abrí el correo y vi la foto.

—Te tengo que dejar.

—Mamá.

Abrí uno de los cajones donde guardo mis documentos. Tomé el que tenía

el nombre de mi banco. Miré mi estado de cuenta. No estaba en ceros, pero le faltaba una buena cantidad.

Y aquí me tienen, a punto de aterrizar en Venecia. Para preguntarle a Diana de quién es la mano que trae el reloj de su padre, y que de no ser por el reflejo en los lentes de la persona que maneja la góndola jamás la hubiera visto.